
ISRAEL – PALESTINA:
LA INVIABILIDAD DE LA SOLUCIÓN DE DOS ESTADOS
ISRAEL
PALESTINA
Carlos Revilla Maroto

Israel-Palestina: la inviabilidad de la solución de dos Estados

Carlos Revilla Maroto

Resumen ejecutivo

Este ensayo sostiene que la solución de dos Estados para el conflicto israelí-palestino ya no es materialmente posible. No por falta de voluntad política, sino porque los hechos sobre el terreno la han vuelto inviable: 700 000 colonos, fragmentación de Cisjordania en 165 islas, Jerusalén indivisible, Gaza bloqueada, entre 6 y 7 millones de refugiados con derecho al retorno (dependiendo de la fuente), y un "Estado palestino" que Israel aceptaría negociar que estaría maniatado desde su nacimiento. La comunidad internacional ha sido cómplice al fingir que dos Estados sigue siendo una opción. Las alternativas reales son tres: un solo Estado binacional (improbable), transferencia étnica (aterradora pero marginal), o apartheid permanente (la opción más realista, ya en curso). El ensayo concluye con un llamado a la honestidad intelectual y a dejar de fingir.

Palabras clave: Israel, Palestina, solución de dos Estados, asentamientos, colonos, Cisjordania, Jerusalén Este, Gaza, apartheid, ocupación, Nakba, Oslo, comunidad internacional, refugiados, derecho al retorno, BDS, inviabilidad material, Estado maniatado.

Índice

Introducción
El espejismo que ya nadie debería creer

Capítulo 1
Breve historia de una solución que nunca llegó (y las ventanas que se cerraron)

1947: la primera partición que los árabes rechazaron
1967: la ocupación que cambió todo
1970s-1980s: los primeros asentamientos y la destrucción silenciosa
1993: Oslo, la última oportunidad real
2000-2005: Camp David, la Segunda Intifada, y el fin de la ilusión
2010-2020: Netanyahu, la anexión tácita y la normalización sin paz
2023-2025: la guerra que cambió todo otra vez
Conclusión del capítulo

Capítulo 2
Los números que matan la solución

Los asentamientos: 700 000 colonos y contando
La fragmentación territorial: Cisjordania dividida en 165 islas
Las carreteras segregadas: colonos libres, palestinos bloqueados
Jerusalén: la ciudad que ya no se puede dividir
Gaza: separada de Cisjordania, bloqueada, incomunicada
Los recursos hídricos: el acuífero bajo control israelí
Los refugiados: entre 6 y 7 millones con derecho al retorno
El Estado palestino que Israel aceptaría negociar no sería un Estado
Resumen del capítulo
Lo que estos números significan

Capítulo 3
¿Adónde irían los colonos? La pregunta que nadie responde

El precedente de Gaza (2005): 8500 colonos, trauma nacional
Evacuar a 700 000: un imposible logístico, económico y político
Los colonos ideológicos: el problema dentro del problema
¿Dónde reubicarlos? Israel dentro de la Línea Verde no tiene espacio
La resistencia esperada: ¿guerra civil?
Conclusión del capítulo

Capítulo 4
Los territorios que ya no están en la mesa

Jerusalén Este: anexionada de facto (y reconocida por Estados Unidos)
Altos del Golán: anexionados formalmente
El muro de separación: hechos sobre el terreno que no se desmantelan
El valle del Jordán y el sur de Hebrón: expulsiones silenciosas
"Judea y Samaria": la amenaza de anexión formal
Conclusión del capítulo
Recuento de los cuatro capítulos

Capítulo 5
Lo que la comunidad internacional no quiere ver

Por qué la comunidad internacional sigue hablando de dos Estados (aunque ya no cree en ello)
Estados Unidos: financiamiento indirecto de asentamientos y veto a sanciones
Unión Europea: etiquetado de productos de asentamientos, pero comercio normal
El reconocimiento europeo del Estado palestino: simbólico, pero insuficiente
ONU: resoluciones condenatorias, pero sin consecuencias
El silencio cómplice de los países árabes
El rol de la dirigencia palestina: corrupción, división y oportunidades perdidas
Conclusión del capítulo
Resumen de los cinco capítulos

Capítulo 6
Lo que realmente queda sobre la mesa

Opción 1: Un solo Estado binacional (judíos y palestinos con igualdad de derechos)
Opción 2: Apartheid permanente (el statu quo actual)
Opción 3: Transferencia étnica (expulsión de palestinos)
¿Cuál de estas opciones es la más realista?
Lo que la comunidad internacional debería hacer (pero no hará)
Conclusión del capítulo
Recuento de los seis capítulos

Conclusión
La solución de dos Estados ha muerto. ¿Qué hacemos con el cadáver?

Recapitulación: por qué es materialmente inviable
La responsabilidad de la comunidad internacional: dejar de fingir
Lo que la comunidad internacional debería hacer (aunque probablemente no lo hará)
Lo que vendrá si no se actúa: apartheid permanente o conflicto eterno
Una reflexión personal (y el cierre)

Anexos

Anexo A: Mapa de Cisjordania fragmentada (Áreas A, B, C y asentamientos)
Anexo B: Cronología de expansión de asentamientos (1967-2026)
Anexo C: Datos demográficos (colonos vs. palestinos por año)
Anexo D: Comparativa con otros conflictos de partición (Irlanda, Chipre, India-Pakistán)
Anexo E: Declaraciones de líderes internacionales reconociendo la inviabilidad de dos Estados
Anexo F: Glosario de términos clave
Anexo G: Fuentes y lecturas recomendadas

Bibliografía

Aclaración final

Introducción
El espejismo que ya nadie debería creer

Vuelvo al conflicto Israel-Palestina. No pensaba escribir de nuevo sobre el tema, pero los hechos de los últimos años —la guerra contra Hamás, el gobierno de ultraderecha en Israel, la conmemoración de la Nakba, la normalización de los asentamientos— me hicieron cambiar de opinión. O más bien, me obligaron a constatar algo que ya venía sospechando: la solución de dos Estados, cohabitando en paz y seguridad, es inviable. Israel se encargó de arruinarla de forma definitiva.

Durante más de siete décadas, la solución de dos Estados ha sido el mantra de la diplomacia internacional. Aparece en resoluciones de Naciones Unidas, en hojas de ruta de la Unión Europea, en discursos de presidentes estadounidenses. Es la respuesta automática. Pero hay una diferencia entre repetir una fórmula y examinar si sigue siendo posible.

Antes de continuar, quiero dejar algo claro. He aprendido que en este tema hay que hablar con honestidad para que no te malinterpreten. Siempre he defendido, defiendo y defenderé a Israel. Defiendo el derecho de Israel a existir. No voy a entrar en la contradicción de si debe ser judío o democrático. Eso lo resolverán ellos. Lo que me importa es que su existencia como Estado no está en duda. Lo que está en duda es su política de asentamientos. Porque también quiero decir que NUNCA defenderé los asentamientos en los territorios ocupados, que son TOTALMENTE ILEGALES y que ATENTAN contra el proceso de paz. Esta doble lealtad —a la existencia de Israel y a la justicia para los palestinos— es la que me ha llevado a constatar, con dolor, que la solución de dos Estados ya no es posible. No porque la desee muerta, sino porque he visto cómo la mataban.

Tampoco pretendo exculpar a la dirigencia palestina. Tuvieron su oportunidad en Camp David con la mediación de Bill Clinton y la dejaron pasar, algo de lo que por cierto se arrepienten. La división entre la Autoridad Nacional Palestina y Hamás, la corrupción de algunos de sus líderes, y la persistencia de una retórica maximalista también han contribuido a cerrar ventanas. Pero mi tesis es que, incluso si los palestinos hicieran todo bien a partir de mañana, los hechos sobre el terreno ya no permiten dos Estados.

¿Por qué digo que es inviable? No hablo de una inviabilidad abstracta o lógica. En un mapa se pueden seguir dibujando dos Estados contiguos. Hablo de una inviabilidad material: demográfica, geográfica, infraestructural y política. Los asentamientos israelíes en Cisjordania y Jerusalén Este ya albergan a más de 700 000 colonos. Cisjordania está fragmentada en 165 islas separadas por carreteras de uso exclusivo para israelíes, puestos de control y el muro. Jerusalén ya no se puede dividir físicamente sin destruir barrios enteros y provocar un baño de sangre. Y, sobre todo, no hay respuesta honesta a la pregunta que ningún mediador internacional quiere formular: ¿adónde irían 700 000 colonos?

La historia de este conflicto no es la de una oportunidad eternamente abierta. Es la historia de ventanas que se abrieron y se cerraron. La Resolución 181 de 1947 propuso una partición que los árabes rechazaron. La guerra de 1967 trajo la ocupación. En los setenta y ochenta, los primeros asentamientos comenzaron a sembrar el territorio de hechos consumados. Oslo 1993 fue la última oportunidad real. Pero Camp David (2000) fracasó, la Segunda Intifada enterró la confianza mutua, y la década siguiente —Netanyahu, anexión tácita, Trump reconociendo Jerusalén, normalización árabe sin solución palestina— selló el destino de la partición.

He escrito antes sobre este conflicto con esperanza, después con pesimismo moderado, finalmente con la certeza de que ya nada rescata el proceso de paz. En 2013, cuando se iniciaron nuevas conversaciones, dije que había que tener paciencia. Dos meses después, ya pasaba del optimismo

moderado al pesimismo moderado. Hoy, años después, ya no me queda ni siquiera eso. Me queda una constatación: la solución de dos Estados ha muerto.

La comunidad internacional, sin embargo, sigue hablando de dos Estados. Lo hace por inercia, por presión de grupos proisraelíes, por intereses geopolíticos, y porque reconocer la muerte de esa solución implicaría enfrentar preguntas mucho más incómodas: ¿qué queda entonces? ¿Apartheid? ¿Un solo Estado binacional? ¿Transferencia étnica? Preguntas que nadie quiere responder.

Este ensayo pretende responderlas, o al menos formularlas con claridad. No desde el cinismo, sino desde la honestidad intelectual. Porque fingir que la solución de dos Estados sigue viva no ayuda a los palestinos que viven bajo ocupación, ni a los israelíes que temen por su seguridad, ni a la paz. Mantener el espejismo impide construir alternativas.

La pregunta que guía estas páginas es doble. Primero: ¿por qué la solución de dos Estados ya no es materialmente posible? Segundo: si ha muerto, ¿qué hacemos con el cadáver?

Las respuestas no serán reconfortantes. Pero la verdad incómoda es siempre el primer paso para salir de un callejón sin salida. Este ensayo es, en cierto sentido, una constatación póstuma. No una celebración del fracaso, sino un duelo.

Capítulo 1
Breve historia de una solución que nunca llegó (y las ventanas que se cerraron)

Para entender por qué la solución de dos Estados ya no es posible, hay que entender cómo las oportunidades existieron —algunas reales, otras apenas esbozadas— y cómo fueron clausuradas una tras otra. No fue un destino manifiesto. Fue una serie de decisiones, guerras, políticas y omisiones. Pero sobre todo, fue la paciencia de una de las partes —la que tiene el poder militar y territorial— la que fue construyendo hechos sobre el terreno mientras la otra miraba.

1947: la primera partición que los árabes rechazaron

La Resolución 181 de la ONU, del 29 de noviembre de 1947, propuso dividir el Mandato Británico de Palestina en dos Estados: uno judío y uno árabe. Jerusalén quedaría bajo administración internacional. Los judíos, que aceptaron a regañadientes la partición (querían más territorio, pero entendieron que era la única vía), celebraron. Los árabes palestinos y los países vecinos la rechazaron de plano. Para ellos, era injusta: los judíos eran un tercio de la población pero recibían el 55% del territorio, y las mejores tierras.

El rechazo árabe fue un error histórico de enormes proporciones. Lo reconozco sin ambages. Pero también hay que decir que la partición era, en efecto, injusta en términos demográficos. El problema es que el "no" árabe abrió la puerta a la guerra. El 14 de mayo de 1948, Ben-Gurion declaró la independencia de Israel. Cinco ejércitos árabes invadieron. Israel ganó. Cuando la guerra terminó, el Estado judío no solo se había consolidado, sino que había expandido su territorio más allá de lo que marcaba la Resolución 181. Cerca de 700 000 palestinos huyeron o fueron expulsados. Los árabes lo llaman Nakba —"catástrofe"— y con razón. Ese éxodo es el origen del problema de los refugiados.

Pero no se quedó en 700 000. Los refugiados palestinos tuvieron hijos, y esos hijos tuvieron hijos. La UNRWA, la agencia de la ONU creada específicamente para los refugiados palestinos, define como refugiado no solo a los desplazados de 1948, sino también a sus descendientes por línea patrilineal. Es una definición única en el sistema de la ONU —para otros refugiados en el mundo, el estatus no se hereda—, pero es la que se aplica.

Hoy, según la UNRWA, hay entre 6 y 7 millones de refugiados palestinos en todo el mundo (dependiendo de la fuente): en Jordania, Líbano, Siria, Cisjordania, Gaza y fuera de la región. Millones de personas que reclaman el derecho a volver a las casas que sus abuelos perdieron en 1948.

El derecho al retorno es sagrado para los palestinos. Está reconocido por la Asamblea General de la ONU (Resolución 194 de 1948). Pero para Israel, aceptar el retorno de millones de palestinos significaría el fin de Israel como Estado judío. Por eso este es, junto con Jerusalén, el nudo más difícil de desatar. Y como veremos, también uno de los que hace materialmente inviable la solución de dos Estados.

La primera ventana se cerró antes de abrirse del todo. Y los palestinos pagaron el precio de su propio rechazo.

1967: la ocupación que cambió todo

La Guerra de los Seis Días, en junio de 1967, fue un parteaguas. Israel, que había advertido que una concentración de tropas egipcias en el Sinaí y el bloqueo del estrecho de Tirán era una amenaza

existencial, lanzó un ataque preventivo. En seis días derrotó a Egipto, Jordania y Siria. Y se quedó con el Sinaí, Gaza, Cisjordania (incluyendo Jerusalén Este) y los Altos del Golán.

Esa guerra creó la ocupación que aún persiste. Pero también creó, paradójicamente, la primera condición real para una solución de dos Estados: Israel tenía territorios que podía devolver a cambio de paz. La Resolución 242 del Consejo de Seguridad, en noviembre de 1967, estableció el principio de "territorios a cambio de paz". Era la fórmula. Y durante un breve tiempo, hubo quienes en Israel pensaron que esa era la vía.

No duró.

1970s-1980s: los primeros asentamientos y la destrucción silenciosa

El movimiento de asentamientos comenzó casi inmediatamente después de 1967. Al principio, fueron unos pocos idealistas religiosos que querían recuperar la "Judea y Samaria bíblicas". Pero rápidamente el Estado israelí, primero con gobiernos laboristas y luego con más fuerza bajo el Likud de Menachem Begin (1977), convirtió los asentamientos en política de Estado.

La lógica era clara: crear hechos sobre el terreno. Cuantos más colonos vivieran en Cisjordania y Jerusalén Este, más difícil sería devolver esos territorios. Cada asentamiento nuevo era una valla más en el camino hacia dos Estados.

Para cuando llegaron los ochenta, ya había decenas de miles de colonos. La partición, que en 1967 era aún territorialmente posible, empezaba a volverse difícil. No imposible, pero sí más costosa.

Y mientras los asentamientos crecían, la comunidad internacional miraba hacia otro lado. Las resoluciones de la ONU condenando los asentamientos existían, pero sin consecuencias. Estados Unidos vetaba cualquier sanción seria. Y los países árabes, distraídos con sus propias guerras y fracturas, tampoco presionaban.

1993: Oslo, la última oportunidad real

Llegamos a Oslo. Fue el momento más esperanzador que he visto en este conflicto. En 1993, en los jardines de la Casa Blanca, Yitzhak Rabin y Yasser Arafat se dieron la mano. Israel reconocía a la OLP como representante legítimo del pueblo palestino. Los palestinos reconocían el derecho de Israel a existir. Se creaba la Autoridad Nacional Palestina y se establecía un proceso de cinco años para negociar las "cuestiones finales": Jerusalén, refugiados, asentamientos, fronteras y seguridad.

Yo recuerdo haberlo visto con esperanza. No ingenua, pero esperanza al fin. Parecía que, después de décadas de sangre, dos pueblos habían decidido probar la paz.

El problema de Oslo fue que dejó las cuestiones más difíciles para el final. Y mientras tanto, los asentamientos siguieron creciendo. El propio Rabin, asesinado en 1995 por un extremista judío que se oponía a la paz, no detuvo la expansión. Los gobiernos que le sucedieron —incluyendo el de Netanyahu en su primer mandato— tampoco.

Cuando finalmente se sentaron a negociar lo realmente importante, ya era tarde.

2000-2005: Camp David, la Segunda Intifada, y el fin de la ilusión

En julio de 2000, Bill Clinton reunió en Camp David al primer ministro israelí Ehud Barak y a Yasser Arafat. Barak ofreció algo que ningún israelí había ofrecido antes: un Estado palestino en el

90-95% de Cisjordania, con Jerusalén Este como capital, a cambio de que los palestinos renunciaran al derecho de retorno de los refugiados.

Arafat dijo que no. Y luego no presentó una contraoferta.

Este es el punto donde muchos —incluyéndome— hemos criticado duramente a la dirigencia palestina. Tuvieron su oportunidad y la dejaron pasar. Años después, negociadores palestinos admitieron que fue un error. Pero en ese momento, Arafat calculó que no podía vender a su pueblo una renuncia al derecho de retorno. El costo fue inmenso.

Barak y Clinton salieron de Camp David culpando a Arafat. Y pocos meses después, Ariel Sharon visitó la Explanada de las Mezquitas. Fue una provocación. La respuesta palestina fue la Segunda Intifada, que no fue como la primera (mayoritariamente civil) sino una ola de atentados suicidas en centros comerciales, autobuses y restaurantes.

La confianza, que ya era frágil, se rompió por completo. La izquierda pacifista israelí perdió todo crédito. El electorado se movió a la derecha. Y Sharon, el halcón, llegó al poder.

En 2005, Sharon tomó una decisión inesperada: retiró unilateralmente a los 8 500 colonos de Gaza y desmanteló los 21 asentamientos allí. Fue un gesto importante, pero también una trampa: al retirarse sin coordinación con la ANP, Israel consolidó su control sobre Cisjordania. La desconexión de Gaza fue el principio del fin de un territorio palestino contiguo.

Pocos años después, Hamás tomó el control de Gaza por la fuerza. Desde entonces, Palestina está dividida en dos: Gaza bajo Hamás, Cisjordania bajo la ANP (pero con Israel controlando todo). Otro clavo en el ataúd.

2010-2020: Netanyahu, la anexión tácita y la normalización sin paz

La década de 2010 fue la de la consolidación de la ocupación. Benjamin Netanyahu, que volvió al poder en 2009 y se mantuvo allí con breves intervalos hasta 2021, entendió que no necesitaba anexar formalmente Cisjordania. Le bastaba con seguir construyendo asentamientos, fragmentar el territorio, y dejar que la ANP se pudriera en su propia corrupción e impotencia.

La comunidad internacional siguió hablando de dos Estados. Obama presionó un poco —exigió una congelación temporal de asentamientos— pero sin consecuencias. Y Trump dejó de fingir: reconoció Jerusalén como capital de Israel, movió allí la embajada, reconoció la anexión del Golán, y presentó un "plan de paz" que daba a los palestinos un Estado fragmentado, sin Jerusalén Este, sin control de fronteras, sin soberanía real. Un Estado tapón.

Paralelamente, Trump impulsó los Acuerdos de Abraham: normalización entre Israel y Emiratos Árabes, Bahréin, Sudán y Marruecos. El mensaje para los palestinos fue brutal: "Ya no son la prioridad árabe. Ya nadie va a esperar por ustedes."

Los países árabes obtuvieron tecnología, inversiones y alianza contra Irán. Israel obtuvo legitimidad regional sin ceder un centímetro de territorio palestino. Los palestinos obtuvieron nada.

Y junto con la expansión de asentamientos, creció el lenguaje de la anexión. La derecha israelí no llama "Cisjordania" a ese territorio. Lo llama "Judea y Samaria" —los nombres bíblicos—, como si los palestinos nunca hubieran existido allí. Cada vez más voces en el gobierno y en el parlamento hablan de "aplicar la soberanía" sobre esos territorios. No es una hipótesis. En 2020, el plan de Trump incluía mapas que preveían la anexión de hasta el 30% de Cisjordania. Solo la normalización

con Emiratos la congeló temporalmente. Pero la amenaza sigue ahí. Y después del 7 de octubre, con la ultraderecha en el gobierno, la anexión de "Judea y Samaria" está más cerca que nunca.

Y mientras tanto, la sociedad israelí se radicalizaba. Frases como "el mejor palestino es el palestino muerto" —antes marginales, dichas solo por extremistas— comenzaron a escucharse en conversaciones cotidianas, en redes sociales, incluso en declaraciones de políticos. No es que todos los israelíes pensaran así. Pero el espacio para el discurso pacifista se encogió. La izquierda, que una vez llenó plazas con manifestaciones por la paz (como después de Sabra y Shatila), quedó reducida a un residuo irrelevante. El Israel que soñó con Oslo murió antes que la propia Oslo.

2023-2025: la guerra que cambió todo otra vez

El 7 de octubre de 2023, Hamás lanzó un ataque brutal contra el sur de Israel, matando a unas 1200 personas (en su mayoría civiles) y llevándose más de 240 rehenes. Fue la peor masacre de judíos desde el Holocausto. La respuesta israelí fue devastadora: una guerra en Gaza que, en el momento de escribir esto, ha matado a decenas de miles de palestinos, ha destruido la mayoría de las viviendas, hospitales y universidades, y ha desplazado a casi toda la población del norte y centro de Gaza.

La guerra aún no ha terminado. Pero sus consecuencias para la solución de dos Estados son predecibles. La confianza, ya enterrada, ahora está bajo seis pies de escombros. La ultraderecha israelí —con ministros que hablan abiertamente de "migración voluntaria" (eufemismo de limpieza étnica) de los palestinos de Gaza— está más fuerte que nunca. Cisjordania vive una ola de violencia de colonos sin precedentes. La comunidad internacional condena, pero no actúa.

Si antes de octubre de 2023 la solución de dos Estados era un paciente en cuidados intensivos, después de la guerra es un cadáver.

Conclusión del capítulo

La historia de la solución de dos Estados no es la historia de una oportunidad eterna. Es la historia de ventanas que se abrieron y se cerraron: 1947, 1967, 1993, 2000, 2005, 2010-2020, 2023. En cada una se pudo haber hecho algo diferente. Israel pudo haber detenido los asentamientos. Los palestinos pudieron haber dicho que sí en Camp David. Los países árabes pudieron haber mantenido la presión. Pero no lo hicieron.

Hoy, mirando el terreno, no queda espacio para la nostalgia. La solución de dos Estados no está en un congelador esperando que la política la descongele. Está muerta. Los siguientes capítulos mostrarán, con números y mapas, por qué.

Capítulo 2: Los números que matan la solución

La historia del capítulo anterior es necesaria para entender el proceso. Pero si uno quiere entender por qué la solución de dos Estados es materialmente inviable —no solo difícil, no solo improbable, sino inviable— hay que dejar la narrativa de lado y mirar los números y el mapa.

Lo que sigue no son opiniones. Son datos verificables de fuentes israelíes, palestinas e internacionales. Y lo que muestran es implacable.

1. Los asentamientos: 700 000 colonos y contando

Cuando hablo de asentamientos, no me refiero a unas cuantas casas perdidas en una colina. Hablo de ciudades enteras, con centros comerciales, escuelas, sinagogas, industrias, carreteras de cuatro carriles y conexiones directas a la red eléctrica y de agua de Israel.

En 1972, había unos 1200 colonos en Cisjordania (sin contar Jerusalén Este). En 1993, cuando se firmaron Oslo, ya eran más de 110 000. En 2000, superaban los 190 000. Y hoy, en 2026, la cifra ronda más de 700 000 colonos en Cisjordania y Jerusalén Este.

Pongamos esa cifra en perspectiva. Setecientas mil personas son más que la población de Marsella, Dallas o Jerusalén Oeste. Son casi tantos como los judíos que vivían en todo el Mandato de Palestina antes de 1948. Es una masa crítica.

Y no están distribuidos de forma homogénea. Están concentrados en grandes bloques de asentamientos que cortan Cisjordania en pedazos. Los principales son:

- Bloque de Gush Etzion (sur de Belén): unas 70 000 personas.
- Bloque de Ma'ale Adumim (este de Jerusalén): más de 40 000.
- Bloque de Ariel (centro-norte de Cisjordania): unas 20 000.
- Jerusalén Este: más de 250 000 colonos en asentamientos urbano construidos después de 1967.

Estos bloques no son accidentales. Fueron planificados para rodear Jerusalén Este y dividir Cisjordania en cantones inconexos. Si uno mira un mapa de asentamientos (ver Anexo A), la impresión no es la de colonias dispersas, sino la de una red que estrangula el territorio.

2. La fragmentación territorial: Cisjordania dividida en 165 islas

Los Acuerdos de Oslo (1993-1995) dividieron Cisjordania en tres áreas, supuestamente de forma temporal. Treinta años después, siguen vigentes.

Área A: control civil y de seguridad palestino. Son islas urbanas alrededor de las principales ciudades palestinas (Ramala, Nablus, Hebrón, Yenín, Tulkarem, Belén, Jericó). Representa aproximadamente el 18% de Cisjordania. Los palestinos gobiernan ahí, pero no pueden moverse libremente entre estas ciudades porque tienen que atravesar áreas controladas por Israel.

Área B: control civil palestino, control de seguridad israelí. Es el 22% del territorio. Los palestinos administran la vida civil, pero Israel controla los puestos de control, las patrullas militares y puede entrar cuando quiere.

Área C: control total israelí (civil y de seguridad). Es el 60% de Cisjordania. Aquí están todos los asentamientos, las carreteras de acceso exclusivo para colonos, las zonas militares cerradas, y la mayor parte de los recursos naturales (tierra cultivable, agua, canteras). Los palestinos tienen prohibido construir en la mayoría del Área C sin un permiso israelí que casi nunca se concede. Los colonos construyen sin restricciones.

El resultado sobre el terreno es que Cisjordania está fragmentada en 165 islas palestinas separadas por territorio controlado por Israel. Para ir de Ramala a Nablus, un palestino tiene que pasar por varios puestos de control, a veces con horas de espera. Para ir de Belén a Hebrón, igual. Para ir de cualquier ciudad palestina a Jerusalén Este, necesita un permiso especial que Israel otorga con cuentagotas.

Un Estado necesita contigüidad territorial. Sin contigüidad, no hay economía viable, no hay libre circulación, no hay soberanía real. Los palestinos hoy no tienen eso. Y con 700 000 colonos asentados en medio de su territorio, recuperar la contigüidad requeriría desmantelar decenas de asentamientos y evacuar a cientos de miles de personas. Algo que, como veremos en el próximo capítulo, es materialmente imviable.

3. Las carreteras segregadas: colonos libres, palestinos bloqueados

Uno de los aspectos más visibles de la ocupación —y menos conocido fuera de la región— es la red de carreteras segregadas.

Israel ha construido una red de autopistas de alta calidad que conectan los asentamientos entre sí y con Israel. Estas carreteras (la 60, la 443, la 1, la 5, etc.) están prohibidas para los palestinos. Tienen señales en hebreo e inglés que dicen "Entrada prohibida a vehículos palestinos". Los palestinos tienen que usar carreteras secundarias, peor mantenidas, llenas de puestos de control y baches.

El resultado es que un colono puede ir de Ariel a Jerusalén en 30 minutos por una autopista de cuatro carriles. Un palestino que vive a cinco kilómetros de distancia puede tardar dos horas por caminos vecinales, si es que le permiten pasar los puestos de control.

Esta segregación no es una consecuencia desafortunada. Es una característica diseñada. Y hace materialmente inviable un Estado palestino unificado, porque las principales arterias del territorio están reservadas para los colonos.

4. Jerusalén: la ciudad que ya no se puede dividir

Jerusalén es el caso más extremo. En 1967, Israel anexó Jerusalén Este (la Ciudad Vieja, el Monte del Templo/Explanada de las Mezquitas, y decenas de barrios palestinos). La comunidad internacional nunca reconoció esa anexión, pero Israel la ha consolidado durante décadas.

Hoy, Jerusalén Este no es un territorio ocupado en el sentido de Cisjordania. Es un territorio anexado de facto, con ciudadanía israelí para los colonos (aunque no para los palestinos de Jerusalén Este, que tienen un estatus de "residentes permanentes" revocable).

Israel ha construido 12 asentamientos en Jerusalén Este, que rodean completamente los barrios palestinos. También ha construido el muro, que deja a decenas de miles de palestinos del lado "israelí" (tienen que pasar por puestos de control para ir a sus propios barrios).

Dividir Jerusalén hoy requeriría evacuar a más de 200 000 colonos, derribar el muro, y decidir qué hacer con la Ciudad Vieja, donde el Muro de las Lamentaciones y la Explanada de las Mezquitas

están a 200 metros. Ningún gobierno israelí va a hacer eso. Ni el más izquierdista. Y los palestinos no aceptan un Estado sin Jerusalén Este como capital. Por eso la ciudad ya no se puede dividir.

Hay quien ha sugerido una solución diferente. No la división, no la anexión, sino la internacionalización. La propia Resolución 181 de 1947 proponía que Jerusalén fuera un *corpus separatum* —una ciudad bajo administración internacional—, no perteneciente ni a Israel ni a Palestina. La idea ha resurgido de vez en cuando: que Naciones Unidas, o un consorcio de países, administre la Ciudad Vieja y los lugares sagrados, mientras las partes controlan sus respectivos barrios.

Sobre el papel, tiene sentido. Despolitizaría los lugares sagrados. Evitaría que una parte impusiera su soberanía sobre la otra. Sería una solución para el nudo más duro del conflicto.

Pero no va a ocurrir. Israel no aceptará perder la soberanía sobre lo que considera su capital eterna e indivisible. Los palestinos no aceptarán renunciar a Jerusalén Este como capital de su futuro Estado. Ambos lados prefieren el conflicto perpetuo antes que ceder la soberanía sobre la Ciudad Vieja. Y la comunidad internacional no tiene la fuerza ni la voluntad para imponer una solución que ninguna de las partes quiere.

Así que la internacionalización de Jerusalén se suma a la lista de soluciones lógicas que nunca se implementarán. Otra ventana que se cerró antes de abrirse.

5. Gaza: separada de Cisjordania, bloqueada, incomunicada

A veces olvidamos que la solución de dos Estados no es solo Cisjordania. Es Cisjordania *y* Gaza, conectadas por un corredor o un puente.

Hoy, Gaza está completamente separada de Cisjordania. No hay conexión territorial. Israel controla todas las fronteras terrestres de Gaza (excepto Rafah con Egipto, que Egipto mantiene cerrado la mayor parte del tiempo). Controla el espacio aéreo y las aguas territoriales. Bloquea la entrada de materiales de construcción, equipos médicos, combustibles. La economía de Gaza está destruida. El desempleo ronda el 50%. El 80% de la población depende de la ayuda humanitaria.

Y desde 2007, Gaza está gobernada por Hamás, mientras que Cisjordania está gobernada por la ANP. Son dos entidades políticas enfrentadas.

Para que existiera un Estado palestino viable, Gaza y Cisjordania tendrían que estar conectadas. Pero no lo están. Israel no va a ceder un corredor terrestre que dividiría su propio territorio. Los palestinos no pueden ponerse de acuerdo ni siquiera para celebrar elecciones.

Así que tenemos dos territorios palestinos: uno bloqueado y devastado (Gaza), otro fragmentado y asfixiado (Cisjordania). Ninguno de los dos, por sí solo, puede ser un Estado viable. Y juntos, no pueden unirse.

6. Los recursos hídricos: el acuífero bajo control israelí

Hay un recurso que casi nunca se menciona, pero es más importante que la tierra: el agua.

Cisjordania se asienta sobre el acuífero de la montaña, una de las reservas de agua dulce más importantes de la región. Israel controla ese acuífero desde 1967. Los colonos consumen agua sin restricciones (piscinas, césped, riego agrícola intensivo). Los palestinos tienen racionamiento. Según B'Tselem, los colonos consumen entre 3 y 4 veces más agua per cápita que los palestinos.

En un Estado palestino independiente, el control del agua sería un punto de conflicto inmediato. Los acuíferos no respetan fronteras. Ningún gobierno israelí va a ceder el control sobre sus fuentes de agua a una entidad palestina. No lo haría ni bajo la presión más extrema.

7. Los refugiados: entre 6 y 7 millones con derecho al retorno

Hay un número que no aparece en los mapas de asentamientos ni en las estadísticas de fragmentación territorial, pero es quizás el más explosivo de todos: entre 6 y 7 millones de refugiados palestinos (dependiendo de la fuente).

¿Por qué tantos si en 1948 fueron 700 000 los que huyeron o fueron expulsados? Porque la definición de refugiado palestino es única en el sistema de la ONU. La UNRWA considera refugiados no solo a los desplazados originales, sino también a sus descendientes por línea patrilineal. Esto no ocurre con otros refugiados en el mundo, donde el estatus no se hereda de forma automática. Pero para los palestinos, es la regla.

Estos millones están distribuidos así aproximadamente:

- Jordania: más de 2 millones
- Gaza: 1,6 millones
- Cisjordania: 800 000
- Siria: 500 000
- Líbano: 450 000
- Resto del mundo: el resto

El derecho al retorno está consagrado en la Resolución 194 de la Asamblea General de la ONU (diciembre de 1948), que establece que "los refugiados que deseen regresar a sus hogares y vivir en paz con sus vecinos deben poder hacerlo lo antes posible". Los palestinos lo consideran un derecho inalienable. Israel lo rechaza por completo —ya explicamos por qué en el capítulo anterior—.

¿Por qué esto hace inviable la solución de dos Estados? Por dos razones.

Primera: En cualquier negociación seria sobre dos Estados, Israel exigiría que los palestinos renunciaran al derecho al retorno como condición para el acuerdo. Los palestinos —al menos los que representan a los refugiados— no pueden renunciar a ese derecho sin un suicidio político. En Camp David (2000), Arafat dijo que no precisamente por esto.

Segunda: Incluso si los palestinos aceptaran una "solución simbólica" (retorno de unos pocos miles de refugiados, compensaciones para el resto), los millones de refugiados reales —los que viven en campos en Líbano, Siria, Jordania— no aceptarían esa solución. El conflicto no terminaría. Se transformaría en una demanda irredenta que mantendría la tensión para siempre.

Algunos académicos y políticos han sugerido que el derecho al retorno se ejerza mayoritariamente hacia el nuevo Estado palestino, no hacia Israel. Es una solución lógica sobre el papel: un Estado palestino soberano podría decidir unilateralmente permitir el retorno de los refugiados a su territorio, sin pedirle permiso a nadie.

Pero hay dos problemas.

Primero: los refugiados no quieren eso. Quieren volver a las casas de sus abuelos en Jaffa, Haifa, Jerusalén Oeste, Beersheba. Dentro de Israel. Un "retorno" a un Estado palestino que aún no existe —y que cuando exista será un archipiélago de islas asfixiadas— no es lo que reclaman.

Segundo: el Estado palestino al que volverían sería inviable (como hemos visto en este capítulo). No tendría la capacidad de absorber a millones de personas. No tendría la economía, la infraestructura, los servicios. Sería una catástrofe humanitaria.

Por eso este nudo es inviable de desatar. Incluso con la mejor voluntad, incluso con un Estado palestino soberano, el derecho al retorno sigue siendo un obstáculo insalvable.

8. El Estado palestino que Israel aceptaría negociar no sería un Estado

Hay quienes todavía creen que se puede negociar. Que con suficiente presión internacional, con un gobierno israelí menos extremista, con una dirigencia palestina más razonable, se podría llegar a un acuerdo. Que Israel "accedería" a la creación de un Estado palestino a cambio de garantías de seguridad, reconocimiento, normalización.

Pongamos que así fuera. Pongamos que Israel se sienta a negociar de buena fe. ¿Qué tipo de Estado palestino estaría dispuesto a aceptar?

No uno con fronteras de 1967. No uno con Jerusalén Este como capital. No uno con control sobre sus fronteras, su espacio aéreo, sus aguas territoriales. No uno con un ejército. No uno con soberanía real sobre sus recursos naturales.

El "Estado palestino" que Israel aceptaría negociar —el que ha estado sobre la mesa en todas las negociaciones serias desde Oslo— sería un Estado maniatado desde su nacimiento: sin control de fronteras (Israel controlaría los pasos), sin control del espacio aéreo (los aviones israelíes sobrevolarían libremente), sin control de sus aguas territoriales, sin ejército (solo policía), sin control sobre los asentamientos (los grandes bloques quedarían), sin Jerusalén Este, sin derecho al retorno de los refugiados, y con la obligación de desarmar a los grupos armados.

Eso no es un Estado. Es una reserva. Es una ficción. Es lo que los críticos llaman un "Estado con agujeros de queso suizo" —más agujero que queso.

Y los palestinos lo saben. Por eso han rechazado ofertas que, vistas desde fuera, parecían generosas. No porque sean maximalistas o irracionales. Porque aceptar ese "Estado" sería condenar a su pueblo a una dependencia perpetua, sin soberanía real, sin dignidad.

La solución de dos Estados no solo es materialmente inviable por los hechos sobre el terreno. También es políticamente inviable porque el único "Estado palestino" que Israel estaría dispuesto a aceptar no merecería llamarse Estado. Y los palestinos no lo aceptarían. Ni deberían.

Resumen del capítulo

Indicador	Dato	Implicación
Colonos	700 000	Habría que evacuar una ciudad entera
Fragmentación	165 islas palestinas	Sin contigüidad territorial

Carreteras	Red de autopistas solo para colonos	Movilidad imposible para palestinos
Jerusalén Este	200 000 colonos + anexión	No se puede dividir
Gaza	Bloqueada, separada, bajo Hamás	No hay unión con Cisjordania
Agua	Acuífero controlado por Israel	Conflicto de recursos inevitable
Refugiados	6-7 millones con derecho al retorno	Israel nunca aceptará; los palestinos no pueden renunciar
El "Estado" negociable	Maniatado desde el nacimiento	No es un Estado. Los palestinos no lo aceptarían.
Agua	Acuífero controlado por Israel	Conflicto de recursos inevitable
Refugiados	6-7 millones con derecho al retorno	Israel nunca aceptará; los palestinos no pueden renunciar
El "Estado" negociable	Maniatado desde el nacimiento	No es un Estado. Los palestinos no lo aceptarían.

Lo que estos números significan

Los números no mienten. No es que falte voluntad política —aunque también falta. No es que los líderes sean malos —aunque algunos lo son. Es que la geografía, la demografía y la infraestructura se han consolidado de tal manera que ya no hay marcha atrás.

Un Estado palestino hoy sería un archipiélago de islas rodeadas por territorio israelí, sin control sobre sus fronteras, su espacio aéreo o sus aguas, con una capital amputada, dividido en dos mitades enfrentadas, sin acceso equitativo al agua, con millones de refugiados reclamando volver a otro lugar, y maniatado desde su nacimiento. Eso no es un Estado. Es una reserva. Es una ficción.

Y la pregunta que nadie quiere responder, pero debemos hacernos, es esta: ¿cómo se supone que 700 000 colonos van a salir de ahí? De eso trata el próximo capítulo.

Capítulo 3: ¿Adónde irían los colonos? La pregunta que nadie responde

Hay una pregunta que ningún presidente estadounidense, ningún secretario general de la ONU, ningún alto representante de la Unión Europea ha querido formular en voz alta durante las últimas tres décadas. La esconden detrás de frases como "negociar el futuro de los asentamientos" o "intercambios territoriales mutuamente acordados". Pero la pregunta cruda, la que duele, la que nadie se atreve a pronunciar, es esta:

¿Adónde van a ir 700 000 colonos si algún día se firma la paz?

Porque si la solución de dos Estados implica —como tendría que implicar— la retirada de la inmensa mayoría de los asentamientos de Cisjordania y Jerusalén Este para que el Estado palestino sea contiguo y viable, entonces alguien tiene que responder esa pregunta. La respuesta honesta es escalofriante: no hay adónde.

Este capítulo no especula. Analiza el único precedente histórico (Gaza, 2005), las dimensiones logísticas de evacuar a 700 000 personas, el problema específico de los colonos ideológicos, la falta de espacio dentro de la Línea Verde, y el riesgo real de una guerra civil. Al final, la conclusión es inevitable: evacuar los asentamientos ya no es una opción realista. Y si no se pueden evacuar, la solución de dos Estados es inviable.

1. El precedente de Gaza (2005): 8500 colonos, trauma nacional

En agosto de 2005, el entonces primer ministro Ariel Sharon —el mismo que había sido el arquitecto de los asentamientos décadas atrás— tomó una decisión que sorprendió a propios y extraños: retiró unilateralmente a los 8500 colonos de la Franja de Gaza y desmanteló los 21 asentamientos que allí existían.

Ocho mil quinientos colonos. No setecientos mil. Ocho mil quinientos.

La operación se llamó "Plan de Desconexión". Fue traumática para Israel. Los colonos fueron sacados de sus casas por la fuerza, muchos llorando, algunos resistiendo pasivamente, otros teniendo que ser arrastrados por soldados. Las imágenes dieron la vuelta al mundo. El ejército israelí tuvo que desplegar decenas de miles de soldados para evacuar a unas pocas miles de personas.

El trauma nacional fue tan profundo que la política israelí cambió para siempre. La derecha, que había apoyado a Sharon hasta ese momento, lo abandonó. Sharon terminó fundando un nuevo partido de centro (Kadima) y cayó en coma poco después. Desde entonces, ningún primer ministro israelí —ni Ehud Olmert, ni Benjamin Netanyahu, ni Naftali Bennett, ni Yair Lapid— se ha atrevido siquiera a insinuar una evacuación similar en Cisjordania.

¿Por qué? Porque Gaza fue el aviso. Mostró lo que cuesta —en términos políticos, sociales y emocionales— evacuar a unos pocos miles de colonos. Ahora multipliquen esa cifra por ochenta.

2. Evacuar a 700 000: un imposible logístico, económico y político

Evacuar a 700 000 colonos no es ochenta veces más difícil que evacuar a 8500. Es exponencialmente más difícil.

Logísticamente: Habría que desmantelar más de 250 asentamientos (entre ciudades, pueblos y puestos de avanzada). Muchos de ellos son ciudades enteras con infraestructura propia: hospitales,

escuelas, centros comerciales, fábricas, plantas de tratamiento de agua. No se trata de sacar a unas familias de unas casas prefabricadas. Se trata de desmantelar una civilización.

Económicamente: El costo de reubicar a 700 000 personas —indemnizaciones, nuevas viviendas dentro de Israel, compensación por pérdida de medios de vida— se mediría en decenas de miles de millones de dólares. ¿Quién paga eso? ¿Israel? ¿La comunidad internacional? ¿Los palestinos? La respuesta honesta es: nadie quiere pagarlo.

Políticamente: Los colonos no son un grupo marginal. Son el 7-8% del electorado israelí. Están sobrerrepresentados en el parlamento (la Knéset), en el ejército (muchos oficiales son colonos o excolonos), y en los movimientos de presión política. Sacarlos de sus hogares requeriría una mayoría política aplastante a favor de la paz. Esa mayoría no existe hoy. Y no existe en el horizonte previsible.

3. Los colonos ideológicos: el problema dentro del problema

No todos los colonos son iguales. Habría que distinguir al menos dos grupos:

Colonos "de calidad de vida": Son los que viven en los grandes bloques de asentamientos cercanos a la Línea Verde (Ma'ale Adumim, Gush Etzion, Ariel). Muchos de ellos se mudaron allí porque las viviendas eran más baratas que dentro de Israel, o porque buscaban una mejor calidad de vida. En teoría, si se les ofreciera una compensación generosa, podrían reubicarse.

Colonos ideológicos: Son los que viven en el corazón de Cisjordania (Hebrón, Kiryat Arba, Itamar, Yitzhar, y decenas de puestos de avanzada). Para ellos, no es una cuestión de precio o calidad de vida. Es una cuestión teológica. Creen que están cumpliendo un mandato divino al asentarse en la "Judea y Samaria bíblicas". Muchos están armados. Muchos han cometido actos de violencia contra palestinos y también contra soldados israelíes que intentaron desalojarlos en el pasado. Algunos han declarado que resistirían por la fuerza cualquier intento de evacuación.

Los colonos ideológicos son el problema más grave. No negocian. No aceptan compensaciones. No reconocen la autoridad del Estado israelí si este intenta desalojarlos. Para ellos, la tierra no es de Israel para cederla. Es de Dios, y Dios no negocia.

En cualquier escenario de evacuación masiva, estos colonos representarían un foco de resistencia armada. Y no serían unos pocos locos sueltos. Serían decenas de miles de personas organizadas, con armas, con experiencia militar (muchos sirven en unidades de combate de élite), y con una red de apoyo logístico dentro del propio ejército y la policía.

4. ¿Dónde reubicarlos? Israel dentro de la Línea Verde no tiene espacio

Supongamos, por un momento, que la voluntad política existiera. Supongamos que un gobierno israelí decidiera evacuar la mayoría de los asentamientos. Queda una pregunta práctica: ¿dónde van a vivir esos 700 000 colonos?

Israel dentro de la Línea Verde (las fronteras anteriores a 1967) es un país pequeño. Muy pequeño. Del tamaño de Nueva Jersey. Y ya está bastante densamente poblado.

No hay espacio para construir 200 000 viviendas nuevas (suponiendo un promedio de 3-4 personas por vivienda) sin invadir tierras agrícolas, parques naturales o ciudades existentes. Los precios de la vivienda en Israel ya son de los más altos del mundo. Inyectar una demanda de 700 000 personas adicionales haría que los precios se dispararan aún más.

Los colonos, además, no querrían irse a cualquier lado. Querrían mantenerse cerca de sus lugares de trabajo, de sus comunidades religiosas, de sus redes sociales. Pero los lugares donde querrían ir —Jerusalén, la llanura costera, los asentamientos que se anexarían a Israel en un posible intercambio territorial— ya están llenos.

El único precedente de reubicación masiva de colonos fue el de los asentamientos del Sinaí después del tratado de paz con Egipto (1982). Allí se evacuó a unos 5 000 colonos. Muchos terminaron en el sur de Israel, en ciudades como Yamit (que fue desmantelada) o en asentamientos de Gaza (que luego también fueron evacuados). Pero 5 000 no son 700 000.

No hay espacio. No hay plan. No hay dinero. No hay voluntad.

5. La resistencia esperada: ¿guerra civil?

Esta es la pregunta que los diplomáticos susurran en los pasillos pero nunca ponen por escrito: si un gobierno israelí intentara evacuar los asentamientos de Cisjordania, ¿estallaría una guerra civil?

La respuesta de la mayoría de los analistas serios es: probablemente no una guerra civil en el sentido clásico, pero sí un nivel de violencia interna sin precedentes en la historia de Israel.

Ya vimos atisbos de esa violencia. En 2005, durante la evacuación de Gaza, hubo colonos que se atrincheraron en sinagogas, que arrojaron ácido a los soldados, que amenazaron con matar a los propios primeros ministros. Un extremista judío asesinó a Yitzhak Rabin en 1995 por negociar con los palestinos. Otro extremista, Baruch Goldstein, mató a 29 palestinos en la Tumba de los Patriarcas en Hebrón (1994) y fue venerado como un héroe por una parte de la derecha religiosa.

Imaginen eso multiplicado por cien. Imaginen a decenas de miles de colonos ideológicos armados, con el apoyo tácito de muchos oficiales del ejército y la policía, enfrentándose a las fuerzas de seguridad del Estado. Imaginen que algunos batallones del ejército se niegan a obedecer órdenes de evacuación (algo que ya ocurrió durante Gaza, aunque a pequeña escala). Imaginen que los políticos de la ultraderecha llaman a la desobediencia civil masiva.

Ningún gobierno israelí —ni el más valiente— quiere enfrentar ese escenario. Y si ningún gobierno israelí está dispuesto a enfrentarlo, entonces la evacuación de los asentamientos no va a ocurrir. Y si la evacuación no va a ocurrir, entonces no hay Estado palestino viable. Y si no hay Estado palestino viable, entonces la solución de dos Estados está muerta.

El círculo se cierra.

Conclusión del capítulo

La evacuación de los asentamientos es la madre de todas las dificultades. No es un obstáculo técnico que pueda resolverse con buena voluntad. Es una inviabilidad material, política y social.

- Material porque no hay espacio donde reubicar a 700 000 personas dentro de Israel.
- Política porque ningún gobierno israelí tiene la mayoría necesaria para intentarlo.
- Social porque una parte significativa de los colonos resistiría por la fuerza, con el riesgo de una guerra interna.
- Gaza fue el ensayo general. El ensayo mostró que la obra es inviable.

Por eso la pregunta "¿adónde irían los colonos?" sigue sin respuesta después de treinta años de "proceso de paz". No porque sea una pregunta difícil. Sino porque la respuesta honesta es: a ningún lado. Y esa honestidad es tan aterradora que todos prefieren seguir fingiendo que la solución de dos Estados sigue siendo posible.

Capítulo 4
Los territorios que ya no están en la mesa

Hasta ahora hemos hablado de los asentamientos en Cisjordania como si fueran una anomalía reversible. Pero hay una categoría de territorios ocupados que ya han cruzado el umbral de lo negociable. No es que sea difícil devolverlos. Es que Israel los ha absorbido de tal manera que la comunidad internacional puede seguir llamándolos "territorios ocupados", pero sobre el terreno son, para todos los efectos prácticos, parte de Israel.

Este capítulo analiza cinco realidades: Jerusalén Este, los Altos del Golán, el muro de separación, las expulsiones silenciosas en el valle del Jordán y el sur de Hebrón, y la amenaza de anexión formal de "Judea y Samaria". Cada una es un clavo más en el ataúd de la solución de dos Estados.

1. Jerusalén Este: anexionada de facto (y reconocida por Estados Unidos)

De todos los territorios ocupados, Jerusalén Este es el caso más flagrante y el más irreversible.

En junio de 1967, inmediatamente después de la Guerra de los Seis Días, Israel anexó Jerusalén Este. No lo hizo mediante una declaración formal de anexión (eso habría sido demasiado provocador), sino mediante una ley que extendía la "jurisdicción y administración" israelí sobre toda la ciudad. En la práctica, fue una anexión. La comunidad internacional nunca la reconoció. Pero Israel la ha consolidado durante casi sesenta años.

¿Qué significa "consolidar" en este contexto? Significa que Israel ha construido doce asentamientos en Jerusalén Este, que hoy albergan a más de 200 000 colonos judíos. Significa que ha construido el muro de separación rodeando los barrios palestinos. Significa que ha revocado el estatus de "residente permanente" a miles de palestinos de Jerusalén Este (unos 14 000 entre 1967 y 2020, según B'Tselem), dejándolos sin derecho a vivir en la ciudad donde nacieron. Significa que ha invertido miles de millones de shekels en infraestructura para los barrios judíos, mientras que los barrios palestinos (como Silwan, Sheikh Jarrah o el Monte de los Olivos) sufren demoliciones de casas, falta de servicios básicos y presión constante para que abandonen sus hogares.

En diciembre de 2017, el presidente Donald Trump reconoció a Jerusalén como capital de Israel y ordenó el traslado de la embajada estadounidense. Desde entonces, varios países más han seguido su ejemplo (Guatemala, Honduras, Kosovo). La decisión fue condenada por la mayor parte de la comunidad internacional, pero el daño ya estaba hecho: el consenso de que Jerusalén debía ser negociada se fracturó.

Hoy, pretender dividir Jerusalén sería una locura. ¿Cómo se dividiría? ¿Quién controlaría la Ciudad Vieja? ¿Los palestinos aceptarían un Estado sin soberanía sobre la Explanada de las Mezquitas? ¿Los israelíes aceptarían un Estado sin control sobre el Muro de las Lamentaciones? Las respuestas son no y no.

Pero más allá de la voluntad política, está la realidad física. Los asentamientos de Jerusalén Este rodean completamente los barrios palestinos. Ma'ale Adumim al este, Givat Ze'ev al norte, Har Homa al sur. Los palestinos de Jerusalén Este están atrapados en islas urbanas, separados del resto de Cisjordania por el muro y por las carreteras de colonos. No hay manera de dibujar una frontera que deje a los barrios palestinos como parte de un Estado palestino contiguo sin desmantelar asentamientos enteros.

Y desmantelar asentamientos en Jerusalén Este es aún más difícil que en Cisjordania. Porque allí no se trata de colonos ideológicos en colinas apartadas. Se trata de barrios enteros de familias israelíes

de clase media que consideran a Jerusalén su capital. Sacarlos de sus hogares sería, para cualquier gobierno israelí, un suicidio político instantáneo.

Hay quien ha sugerido una solución diferente. No la división, no la anexión, sino la internacionalización. La propia Resolución 181 de 1947 proponía que Jerusalén fuera un *corpus separatum* —una ciudad bajo administración internacional—, no perteneciente ni a Israel ni a Palestina. La idea ha resurgido de vez en cuando: que Naciones Unidas, o un consorcio de países, administre la Ciudad Vieja y los lugares sagrados, mientras las partes controlan sus respectivos barrios.

Sobre el papel, tiene sentido. Despolitizaría los lugares sagrados. Evitaría que una parte impusiera su soberanía sobre la otra. Sería una solución para el nudo más duro del conflicto.

Pero no va a ocurrir. Israel no aceptará perder la soberanía sobre lo que considera su capital eterna e indivisible. Los palestinos no aceptarán renunciar a Jerusalén Este como capital de su futuro Estado. Ambos lados prefieren el conflicto perpetuo antes que ceder la soberanía sobre la Ciudad Vieja. Y la comunidad internacional no tiene la fuerza ni la voluntad para imponer una solución que ninguna de las partes quiere.

Así que la internacionalización de Jerusalén se suma a la lista de soluciones lógicas que nunca se implementarán. Otra ventana que se cerró antes de abrirse.

Jerusalén Este ya no está en la mesa. Nunca lo estuvo realmente después de 1967, pero durante décadas se fingió que sí. Hoy ya no se puede fingir más.

2. Altos del Golán: anexionados formalmente

Los Altos del Golán son un caso diferente. No forman parte de Palestina (son territorio sirio ocupado desde 1967), pero su anexión tiene implicaciones para la solución de dos Estados porque muestra la política israelí de hechos consumados.

En 1981, la Knéset aprobó la "Ley de los Altos del Golán", que efectivamente anexó el territorio. Fue una anexión formal, no solo de facto. La comunidad internacional la condenó (Resolución 497 del Consejo de Seguridad) y sigue sin reconocerla. Pero Israel ha construido allí más de 30 asentamientos, con unos 25 000 colonos judíos, además de la población drusa (unos 25 000 más) que no se ha nacionalizado israelí en su mayoría pero que coopera con las autoridades.

El Golán tiene una importancia estratégica enorme para Israel: controla las fuentes del río Jordán, domina el norte del país con vistas a la frontera siria, y es un destino turístico popular (esquí, vinos, paisajes). Ningún gobierno israelí va a devolverlo. Ni siquiera bajo presión internacional.

En marzo de 2019, Trump reconoció formalmente la soberanía israelí sobre los Altos del Golán. Fue otra ruptura del consenso internacional, y otro mensaje a los palestinos (y a los sirios) de que la comunidad internacional no va a hacer nada para revertir las anexiones.

El mensaje subyacente es que Israel puede anexar territorio ocupado, construir asentamientos, y eventualmente obtener reconocimiento internacional. Si eso es cierto para el Golán, ¿por qué no sería cierto para Cisjordania? La ultraderecha israelí ya está utilizando el Golán como precedente para pedir la anexión formal de "Judea y Samaria". Y la comunidad internacional, como veremos en el próximo capítulo, no está haciendo nada para detenerlo.

3. El muro de separación: hechos sobre el terreno que no se desmantelan

En 2002, en medio de la Segunda Intifada y los atentados suicidas, Israel comenzó a construir un muro de separación en Cisjordania. Oficialmente, era una medida de seguridad para impedir la entrada de terroristas. Pero su trazado dejó claro que también era una medida política.

El muro no sigue la Línea Verde. Se adentra en Cisjordania, rodea asentamientos, y anexa de facto tierras palestinas. En total, aproximadamente el 85% del muro está dentro de Cisjordania, no sobre la Línea Verde.

Cuando esté completo (hoy está construido en un 65-70%), el muro habrá anexado de facto alrededor del 10% de Cisjordania, incluyendo los grandes bloques de asentamientos y miles de dunams de tierras agrícolas palestinas. La Corte Internacional de Justicia declaró en 2004 que el muro era ilegal y que debía ser desmantelado. La Asamblea General de la ONU ha aprobado resoluciones condenándolo. Israel lo ignora.

El muro es un hecho sobre el terreno. Ya está ahí. Cruzarlo requiere permisos, puestos de control, a veces horas de espera. Para los palestinos que viven del lado "israelí" del muro (pero no en Jerusalén), la vida cotidiana es una pesadilla burocrática. Para los colonos, el muro es una protección.

¿Alguien cree que Israel va a desmantelar el muro? ¿Alguien cree que, en un hipotético acuerdo de paz, los palestinos aceptarían que el muro se quedara? La respuesta a ambas preguntas es no. El muro es otro de esos hechos sobre el terreno que hacen que la solución de dos Estados sea materialmente inviable. Una vez que construyes un muro de cientos de kilómetros, con torres de vigilancia, sensores electrónicos y carreteras de acceso militar, no lo desmantelas. Se queda. Y con él se queda la partición de facto del territorio.

4. El valle del Jordán y el sur de Hebrón: expulsiones silenciosas

Hay dos regiones de Cisjordania que casi nunca se mencionan en los medios occidentales, pero que son cruciales para entender la inviabilidad de un Estado palestino: el valle del Jordán y el sur de Hebrón (la zona conocida como Masafer Yatta).

El valle del Jordán: es la franja oriental de Cisjordania, fronteriza con Jordania. Representa aproximadamente el 25% del territorio. Es una tierra fértil, estratégica para el control de la frontera oriental. Israel ha designado la mayor parte del valle del Jordán como "zona militar cerrada" o "tierra estatal". Los palestinos tienen prohibido construir allí sin permisos que casi nunca se conceden. Las comunidades palestinas que existen desde antes de 1967 viven bajo constante amenaza de demolición.

En cualquier negociación seria sobre dos Estados, el valle del Jordán sería un punto crítico. Israel insiste en mantener presencia militar allí para controlar la frontera. Los palestinos insisten en que un Estado palestino debe tener soberanía sobre su propia frontera. Pero sobre el terreno, Israel ya está colonizando el valle del Jordán con asentamientos y puestos militares. Cuando los palestinos hablan de "contigüidad territorial", se refieren a poder circular de norte a sur de Cisjordania. El valle del Jordán es la columna vertebral de esa contigüidad. Y está siendo estrangulada.

El sur de Hebrón (Masafer Yatta): esta es la zona más extrema de la ocupación. Allí, Israel ha declarado un "área de tiro militar" (Firing Zone 918) que abarca decenas de comunidades palestinas beduinas y pastorales. Desde la década de 1990, los tribunales israelíes han dictaminado repetidamente que estas comunidades deben ser evacuadas. El ejército ha demolido sus casas una y

otra vez. Los palestinos las reconstruyen. El ejército vuelve a demoler. Es una lucha de desgaste, y Israel tiene el poder.

En 2022, el Tribunal Superior de Justicia de Israel falló que las comunidades de Masafer Yatta podían ser evacuadas, argumentando que nunca habían demostrado "propiedad legal" de la tierra. Fue un veredicto devastador. Desde entonces, las demoliciones se han acelerado. Las familias palestinas están siendo expulsadas silenciosamente, sin que la comunidad internacional haga casi nada.

Estas no son expulsiones masivas como las de 1948. Son expulsiones gota a gota. Una casa aquí, un pozo allá, una escuela más allá. Pero el resultado es el mismo: palestinos que pierden sus hogares, sus tierras, su forma de vida. Y el territorio que queda se incorpora a la zona de control israelí, ya sea como área de tiro militar, como reserva natural, o como tierra para futuros asentamientos.

Este proceso se llama a veces "transferencia étnica silenciosa". Y está ocurriendo ahora mismo, mientras los diplomáticos siguen hablando de dos Estados.

5. "Judea y Samaria": la amenaza de anexión formal

Hasta ahora hemos hablado de anexión de facto: asentamientos, muro, expulsiones silenciosas. Pero la ultraderecha israelí quiere más. Quiere la anexión formal de toda Cisjordania, o al menos de la parte que ellos llaman "Judea y Samaria".

No es un secreto. Está en los programas de partidos como La Casa Judía, Sionismo Religioso y Otzmá Yehudit (Poder Judío). Ministros como Bezalel Smotrich e Itamar Ben-Gvir lo repiten en cada entrevista. Para ellos, no hay "territorios ocupados". Hay "tierras liberadas" que pertenecen al pueblo judío por derecho bíblico e histórico.

¿Qué significaría una anexión formal? Significaría extender la soberanía israelí sobre los asentamientos y el Área C, y dejar a los palestinos en islas aún más pequeñas, sin siquiera la ficción de la Autoridad Palestina. Sería el fin definitivo de cualquier pretensión de dos Estados. Y aunque la comunidad internacional la condenaría (como condenó la anexión del Golán), es probable que no hiciera nada para revertirla.

La amenaza es real. En 2020, Donald Trump estuvo a punto de dar luz verde a una anexión parcial. Solo la presión de Emiratos Árabes Unidos, a cambio de la normalización de relaciones, lo impidió temporalmente. Pero con un gobierno estadounidense que ya no presiona seriamente a Israel, y con un gobierno israelí que incluye a los propios colonos en carteras clave (Smotrich en Finanzas, Ben-Gvir en Seguridad Nacional), la anexión de "Judea y Samaria" podría ser cuestión de tiempo.

Cuando eso ocurra, ya no habrá ni siquiera un cadáver de la solución de dos Estados. Habrá una lápida.

Conclusión del capítulo

Jerusalén Este ya está anexionada. Los Altos del Golán ya están anexionados. El muro ya está construido. El valle del Jordán y el sur de Hebrón están siendo vaciados de palestinos. Y la amenaza de anexión formal de "Judea y Samaria" se cierne sobre todo lo que queda.

Nada de esto es reversible en el horizonte previsible. No porque sea técnicamente imposible —se podría, en teoría, desmantelar asentamientos y demoler el muro—, sino porque no hay ninguna fuerza política, ni dentro de Israel ni fuera, dispuesta a hacerlo.

La comunidad internacional sigue condenando los asentamientos y la anexión de Jerusalén. Pero sus condenas no han impedido nada. Al contrario: mientras la comunidad internacional condena, Israel construye. Y cada año que pasa, los hechos sobre el terreno se consolidan un poco más.

La solución de dos Estados no solo requiere voluntad política. Requiere que los hechos sobre el terreno sean reversibles. Y ya no lo son.

Recuento de los cuatro capítulos hasta ahora

Capítulo	**Tesis principal**
Capítulo 1	Las ventanas de oportunidad existieron, pero se cerraron. Oslo fue la última esperanza real.
Capítulo 2	700 000 colonos, fragmentación, refugiados, Estado maniatado. Los números y la política matan la solución.
Capítulo 3	Evacuar a 700 000 colonos es imposible: no hay espacio, no hay voluntad, riesgo de guerra civil.
Capítulo 4	Jerusalén Este, Golán, muro, expulsiones silenciosas y anexión de "Judea y Samaria" son hechos consumados o están a punto de serlo.

Capítulo 5
Lo que la comunidad internacional no quiere ver

Si la solución de dos Estados es inviable —como hemos venido argumentando—, cabe preguntarse: ¿por qué la comunidad internacional sigue hablando de ella como si fuera una opción real? ¿Por qué las Naciones Unidas, la Unión Europea, Estados Unidos y los países árabes siguen repitiendo el mantra de "dos Estados, uno al lado del otro, en paz y seguridad"?

La respuesta es incómoda, pero hay que darla: porque les conviene fingir. Reconocer que la solución de dos Estados ha muerto implicaría asumir responsabilidades mucho más gravosas. Implicaría admitir que décadas de política internacional han fracasado. Implicaría enfrentar la pregunta de qué viene después: ¿apartheid? ¿un solo Estado? ¿transferencia étnica? Preguntas que nadie quiere responder. Mejor seguir repitiendo la fórmula.

Este capítulo analiza el papel de los principales actores internacionales: Estados Unidos, la Unión Europea, la ONU y los países árabes. En cada caso, la conclusión es la misma: condenas retóricas, pero acciones que perpetúan la ocupación.

1. Por qué la comunidad internacional sigue hablando de dos Estados (aunque ya no cree en ello)

Antes de analizar actor por actor, conviene entender las razones estructurales que explican esta hipocresía colectiva.

Inercia institucional: Durante setenta años, la solución de dos Estados ha sido la política oficial de casi todos los países y organismos internacionales. Cambiar esa política requiere debates, resoluciones, consensos. Es más fácil seguir repitiendo lo de siempre.

Presión de grupos proisraelíes: En Estados Unidos y Europa, los grupos de presión proisraelíes (AIPAC, el Congreso Judío Mundial, el B'nai B'rith) tienen una influencia enorme. Cualquier político que sugiera que la solución de dos Estados ha muerto se arriesga a ser acusado de "antiisraelí" o incluso antisemita. Mejor no arriesgarse.

Intereses geopolíticos: Para Estados Unidos, Israel es un aliado estratégico. Para la Unión Europea, mantener buenas relaciones con Israel es importante para el comercio, la tecnología y la inteligencia. Para los países árabes, la normalización con Israel es una prioridad mayor que la cuestión palestina. Nadie quiere sacrificar sus intereses.

Miedo a lo desconocido: Si la solución de dos Estados está muerta, ¿qué sigue? El statu quo actual es malo, pero al menos es conocido. Las alternativas (apartheid, un solo Estado, expulsión) son aterradoras. La comunidad internacional prefiere aferrarse a la solución conocida, aunque sea ficticia.

2. Estados Unidos: financiamiento indirecto de asentamientos y veto a sanciones

Estados Unidos es el actor internacional más importante. También es el más contradictorio.

Oficialmente, la política estadounidense desde Clinton ha sido la de apoyar una solución de dos Estados basada en las fronteras de 1967. Oficialmente, Estados Unidos considera los asentamientos "ilegítimos". Pero sobre el terreno, su política ha hecho más para perpetuar la ocupación que para terminarla.

Financiamiento indirecto de asentamientos: Estados Unidos otorga a Israel unos 3800 millones de dólares anuales en ayuda militar (el mayor paquete de ayuda militar a cualquier país del mundo). Esa ayuda es, en teoría, para la defensa de Israel dentro de las fronteras de 1967. Pero el dinero es fungible. Al liberar recursos del presupuesto israelí que de otro modo se gastarían en defensa, Estados Unidos permite que Israel desvíe esos recursos a los asentamientos.

Veto a sanciones: En el Consejo de Seguridad de la ONU, Estados Unidos ha vetado decenas de resoluciones que condenaban a Israel o proponían medidas coercitivas. El veto más famoso fue el de diciembre de 2016, cuando la administración Obama se abstuvo (en lugar de vetar) permitiendo la aprobación de la Resolución 2334. Fue una excepción. La regla ha sido el veto sistemático.

La excepción Trump (2017-2021): Trump dejó de fingir. Reconoció Jerusalén como capital, trasladó la embajada, reconoció la anexión del Golán, y presentó un "plan de paz" que daba a los palestinos un Estado sin soberanía real.

La administración Biden (2021-2025): Biden volvió a la retórica tradicional de dos Estados, pero sin acciones concretas. No revirtió el reconocimiento de Jerusalén. No presionó seriamente para detener los asentamientos. En la práctica, su política no fue muy diferente de la de Trump.

El mensaje para Israel ha sido claro: pueden seguir construyendo asentamientos, pueden anexar Jerusalén Este, pueden bombardear Gaza. Habrá condenas retóricas, pero nunca consecuencias reales.

3. Unión Europea: etiquetado de productos de asentamientos, pero comercio normal

La Unión Europea es, retóricamente, la más firme defensora de la solución de dos Estados. En la práctica, es cómplice por omisión.

Lo que la UE hace bien (poco): Desde 2015, la UE exige que los productos de los asentamientos sean etiquetados cuando se importan a Europa. Es una medida simbólica. También financia proyectos de la Autoridad Palestina y organizaciones de derechos humanos.

Lo que la UE no hace: La UE es el principal socio comercial de Israel. El comercio bilateral supera los 40 000 millones de euros anuales. Israel participa en programas de investigación europeos (Horizonte Europa) y en decenas de iniciativas de cooperación. Nada de eso se ha suspendido por los asentamientos.

La UE tiene instrumentos legales para suspender el Acuerdo de Asociación con Israel si este viola los derechos humanos. Nunca los ha activado. Tiene el poder de imponer sanciones económicas selectivas contra los productos de los asentamientos. No lo ha hecho.

La posición de la UE se resume así: condenamos los asentamientos, pero seguimos comerciando con ellos. Apoyamos los derechos humanos, pero no sancionamos a quienes los violan. Creemos en dos Estados, pero no hacemos nada para hacerlo posible.

Es la hipocresía institucionalizada.

El reconocimiento europeo del Estado palestino: simbólico, pero insuficiente

Un dato significativo: en 2014, Suecia reconoció formalmente el Estado palestino, convirtiéndose en el primer país de la UE en hacerlo. Desde entonces, otros países europeos —España, Irlanda,

Noruega, Eslovenia— han seguido su ejemplo. En 2026, suman ya más de una docena los países de la UE que reconocen a Palestina.

Es un gesto importante. Pero simbólico. Porque el reconocimiento diplomático no cambia los hechos sobre el terreno. Un Estado palestino reconocido por media Europa pero inexistente en la realidad —sin fronteras, sin capital, sin control sobre su territorio, sin ejército, sin soberanía real— sigue siendo una ficción. El reconocimiento no desmantela un solo asentamiento. No detiene una sola expulsión en el valle del Jordán. No devuelve Jerusalén Este a sus dueños.

La UE reconoce a Palestina, pero sigue comerciando con los asentamientos. Esa contradicción resume toda la hipocresía europea.

4. ONU: resoluciones condenatorias, pero sin consecuencias

El sistema de Naciones Unidas es un caso fascinante de impotencia deliberada.

Y aquí conviene recordar algo: Israel es el campeón mundial de ignorar resoluciones de la ONU sobre el conflicto de Oriente Medio. No es una exageración. Desde 1967, el Consejo de Seguridad ha aprobado decenas de resoluciones condenando los asentamientos, la anexión de Jerusalén, la ocupación. La Asamblea General, cientos. Israel las ha incumplido todas. Y no ha habido consecuencias. Porque Estados Unidos veta las sanciones, y el resto del mundo se encoge de hombros. La ONU puede resolver, pero sin poder de coerción, sus resoluciones son papel mojado. Eso lo sabe Israel. Y por eso sigue construyendo.

La Asamblea General: Cada año, aprueba decenas de resoluciones condenando los asentamientos, la anexión de Jerusalén, la ocupación. No tienen poder vinculante. Israel las ignora.

El Consejo de Seguridad: Tiene el poder de imponer sanciones, embargos, incluso autorizar el uso de la fuerza. Pero cualquier resolución significativa es vetada por Estados Unidos.

La Corte Internacional de Justicia: En 2004, dictaminó que el muro era ilegal y debía ser desmantelado. Israel no lo desmanteló. La CIJ no tiene poder para hacer cumplir sus fallos.

La Corte Penal Internacional: En 2021, abrió una investigación formal por crímenes de guerra en los territorios palestinos ocupados. Israel no coopera. Estados Unidos ha amenazado con sancionar a los fiscales. La investigación avanza a paso de tortuga.

La ONU es un teatro. Los actores representan sus papeles: los países árabes condenan, Estados Unidos veta, Israel se queja de "sesgo antiisraelí", Europa pide moderación. Al final, no pasa nada. Los asentamientos siguen creciendo. Los palestinos siguen perdiendo tierra.

5. El silencio cómplice de los países árabes

Este es un punto que los defensores de la causa palestina rara vez mencionan, pero es crucial: los países árabes han abandonado a los palestinos.

Durante décadas, la Liga Árabe mantuvo una posición unificada: no habrá normalización con Israel hasta que se resuelva la cuestión palestina. Esa fue la "Iniciativa de Paz Árabe" de 2002: normalización a cambio de un Estado palestino en las fronteras de 1967 y una solución justa para los refugiados.

Esa unidad se rompió con los Acuerdos de Abraham (2020-2021). Emiratos Árabes Unidos, Bahréin, Sudán y Marruecos normalizaron relaciones con Israel sin que Israel cediera ni un centímetro de territorio palestino. No hubo Estado palestino. No hubo congelación de asentamientos. No hubo nada para los palestinos.

El mensaje fue brutal: los intereses económicos y de seguridad de los países árabes (alianza contra Irán, tecnología, inversiones, turismo) son más importantes que la causa palestina. Los palestinos ya no son la prioridad. Ya nadie va a esperar por ellos.

Arabia Saudí, el peso pesado del mundo árabe, está en negociaciones avanzadas para normalizar con Israel. Cuando eso ocurra (y ocurrirá, tarde o temprano), la última ilusión de que el mundo árabe presionará por una solución de dos Estados desaparecerá.

Los palestinos están solos. Y la comunidad internacional, que durante décadas les prometió que "la paz árabe" era una palanca de presión, les ha fallado.

6. El rol de la dirigencia palestina: corrupción, división y oportunidades perdidas

No sería honesto dedicar un capítulo a la comunidad internacional sin mencionar también la responsabilidad palestina. No es la responsabilidad principal —esa recae sobre Israel y sus aliados —, pero existe.

Corrupción de la ANP: La Autoridad Nacional Palestina, liderada durante años por Mahmoud Abbas (presidente desde 2005, con su mandato expirado en 2009 pero prorrogado indefinidamente), es percibida por muchos palestinos como corrupta, autoritaria e ineficaz. Los informes del Banco Mundial y de la UE documentan años de mala gestión de fondos internacionales. Los palestinos de Cisjordania viven bajo una ocupación israelí, pero también bajo un gobierno que no rinde cuentas.

División Hamas-Fatah: Desde 2007, Palestina está dividida en dos entidades políticas: Hamas gobierna Gaza, Fatah (la ANP) gobierna parte de Cisjordania. Se han celebrado varias rondas de reconciliación, ninguna ha funcionado. Un Estado palestino no puede existir si sus dos mitades están gobernadas por enemigos que se acusan mutuamente de traición.

Oportunidades perdidas: Camp David (2000) fue una oportunidad real. Arafat dijo que no. Olmert hizo una oferta en 2008; Abbas no respondió. Hubo ventanas. Se cerraron. La dirigencia palestina tiene parte de la culpa.

Dicho esto, es importante no caer en la trampa del "ambos lados son iguales". La asimetría de poder es abrumadora. Israel es la potencia ocupante con el ejército más poderoso de la región. Palestina es un territorio ocupado sin ejército, sin control de fronteras, sin soberanía real. Culpar a los palestinos por su propia opresión es parte del problema. Pero reconocer sus errores también es parte de la honestidad intelectual.

Conclusión del capítulo

- La comunidad internacional ha fallado. No por falta de resoluciones, sino por falta de consecuencias.
- Estados Unidos financia los asentamientos (indirectamente) y veta cualquier presión real sobre Israel.
- Europa condena retóricamente, pero sigue comerciando como si nada.

- La ONU aprueba resoluciones que nadie hace cumplir.
- Los países árabes han normalizado con Israel sin exigir nada para los palestinos.
- La dirigencia palestina, por su parte, ha contribuido con corrupción, división y oportunidades perdidas.

El resultado es un sistema de hipocresía colectiva. Todos los actores saben que la solución de dos Estados es inviable. Pero todos siguen hablando de ella porque les resulta cómodo. Fingir es más fácil que actuar.

Y mientras el mundo finge, los asentamientos crecen, los palestinos son expulsados silenciosamente, y el conflicto se profundiza.

Recuento de los cinco capítulos hasta ahora

Capítulo	**Tesis principal**
Capítulo 1	Las ventanas de oportunidad existieron, pero se cerraron. Oslo fue la última esperanza real.
Capítulo 2	700 000 colonos, fragmentación, refugiados, Estado maniatado. Los números y la política matan la solución.
Capítulo 3	Evacuar a 700 000 colonos es imposible: no hay espacio, no hay voluntad, riesgo de guerra civil.
Capítulo 4	Jerusalén Este, Golán, muro, expulsiones silenciosas y anexión de "Judea y Samaria" son hechos consumados.
Capítulo 5	La comunidad internacional financia, veta, comercia y normaliza. Finge que dos Estados es posible.

Capítulo 6
Lo que realmente queda sobre la mesa

Hemos recorrido un largo camino. Hemos visto cómo las ventanas de oportunidad se cerraron una tras otra (Capítulo 1). Hemos visto los números que hacen materialmente inviable un Estado palestino viable (Capítulo 2). Hemos visto que evacuar a 700 000 colonos es una quimera (Capítulo 3). Hemos visto que Jerusalén Este, el Golán, el muro, las expulsiones silenciosas y la amenaza de anexión de "Judea y Samaria" ya son hechos consumados (Capítulo 4). Hemos visto que la comunidad internacional prefiere fingir antes que actuar (Capítulo 5).

Llegamos ahora a la pregunta que todos esquivamos: si la solución de dos Estados ha muerto, ¿qué queda?

En teoría, hay tres opciones. En la práctica, una de ellas ya está ocurriendo.

Opción 1: Un solo Estado binacional (judíos y palestinos con igualdad de derechos)

Esta es la opción que defienden algunos intelectuales de izquierda, tanto israelíes como palestinos. La idea es simple: en lugar de dos Estados, un solo Estado desde el río Jordán hasta el mar, donde judíos y palestinos sean ciudadanos iguales ante la ley, con los mismos derechos.

- Suena bien sobre el papel. Resuelve varios problemas:
- No hay que evacuar asentamientos.
- No hay que dividir Jerusalén.
- No hay que decidir sobre el derecho de retorno (los refugiados podrían volver).
- No hay que trazar fronteras imposibles.

¿Por qué entonces esta opción es improbable? Por varias razones.

Razón 1: Israel nunca aceptará dejar de ser un Estado judío. El sionismo tiene un objetivo central: un Estado judío donde los judíos sean la mayoría. Un Estado binacional, por definición, no sería judío. En una generación o dos, los judíos serían minoría. Para la gran mayoría de los israelíes, eso es inaceptable.

Razón 2: Además, está el problema de los refugiados. En un solo Estado binacional, el derecho al retorno de los millones de refugiados palestinos sería, en teoría, realizable. Podrían volver a las casas de sus abuelos dentro del Estado único. Pero eso significaría una transformación demográfica masiva. Los judíos pasarían de ser aproximadamente el 50% de la población entre el río y el mar a ser una minoría mucho más pequeña. Eso es exactamente lo que Israel ha querido evitar desde 1948.

Razón 3: Los palestinos no confían en la igualdad real. Señalan que en Israel ya existe una ley fundamental que define a Israel como "el Estado-nación del pueblo judío" (2018), que degrada el estatus del árabe. ¿Por qué creerían que, en un solo Estado, los israelíes aceptarían una verdadera igualdad?

Razón 4: La violencia sería inmensa. La derecha israelí tomaría las armas. Habría atentados, asesinatos políticos, probablemente una guerra civil. La transición sería sangrienta.

Razón 5: No hay liderazgo para impulsarlo. Ni un solo partido político israelí relevante tiene en su plataforma un Estado binacional. Ni un solo líder palestino relevante lo ha propuesto como objetivo realista.

Conclusión: un solo Estado binacional es improbable. No es inviable como los dos Estados, pero es políticamente imposible. Y en política, lo políticamente imposible equivale a lo irrealizable.

Opción 2: Apartheid permanente (el statu quo actual)

Esta no es una opción que nadie defienda abiertamente. Pero es la opción que está ocurriendo sobre el terreno. Y cada vez más analistas —incluyendo organizaciones israelíes de derechos humanos como B'Tselem y grupos internacionales como Human Rights Watch— la llaman por su nombre: apartheid.

¿Qué significa apartheid en este contexto? Un sistema legal y territorial en el que un grupo étnico-nacional (los judíos israelíes) tiene derechos y privilegios que otro grupo (los palestinos) no tiene, basado en el territorio y la identidad.

El sistema tiene varias capas:

Capa 1: Ciudadanos israelíes judíos vs. ciudadanos israelíes palestinos. Dentro de la Línea Verde, los palestinos ciudadanos de Israel (20% de la población) tienen formalmente los mismos derechos. En la práctica, sufren discriminación sistemática en vivienda, empleo, educación y tierras. Pero al menos tienen ciudadanía y pueden votar.

Capa 2: Colonos judíos en Cisjordania vs. palestinos en Cisjordania. Los colonos son ciudadanos israelíes con plenos derechos. Votan. Tienen acceso a carreteras, agua, electricidad, escuelas y hospitales de primera clase. Los palestinos no son ciudadanos. No votan. Viven bajo ley militar. No pueden circular libremente. No controlan sus recursos. Es un sistema de dos leyes para dos poblaciones en el mismo territorio. Eso es apartheid.

Capa 3: Jerusalén Este. Los palestinos son "residentes permanentes", no ciudadanos. Pueden perder su estatus si pasan demasiado tiempo fuera. No votan en las nacionales. Sus barrios son discriminados. Los colonos judíos tienen plena ciudadanía.

Capa 4: Gaza. Los palestinos no son residentes ni ciudadanos. Son una población bajo bloqueo, sin libertad de movimiento, sin acceso al mundo exterior, controlada por Israel en sus fronteras, espacio aéreo y aguas. No tienen ningún derecho.

Y si alguien piensa que se puede "negociar" una salida de este sistema, que mire las ofertas que Israel ha puesto sobre la mesa en el pasado. El "Estado palestino" que Israel aceptaría negociar sería un Estado maniatado desde su nacimiento: sin control de fronteras, sin control del espacio aéreo, sin ejército, sin Jerusalén Este, sin derecho al retorno. Eso no es un Estado. Es una reserva. Y los palestinos no lo aceptarían. Por eso la negociación, incluso si se reanudara, no llevaría a ninguna parte.

El statu quo actual no es estático. Es dinámico. Y la dirección es clara: hacia una anexión de facto o de iure de grandes partes de Cisjordania, hacia un sistema aún más explícito de apartheid, hacia la expulsión silenciosa de más palestinos.

Esta es la opción que ya está sobre la mesa. No es una posibilidad futura. Es la realidad presente. Y mientras la comunidad internacional sigue hablando de dos Estados, el apartheid se consolida.

Opción 3: Transferencia étnica (expulsión de palestinos)

Esta es la opción más extrema, la que la ultraderecha israelí sueña pero rara vez pronuncia en voz alta: expulsar a los palestinos de Cisjordania (y quizás también de Gaza y de Israel) para que el territorio quede exclusivamente judío.

"Transferencia" es la palabra técnica. "Limpieza étnica" es el término más preciso. "Nakba 2.0" es como lo llaman los palestinos.

¿Es posible? No en el corto plazo. La comunidad internacional se opondría —al menos retóricamente—. Habría sanciones, aislamiento, quizás intervención de la ONU. Pero a largo plazo, con un gobierno de ultraderecha cada vez más fuerte y con Estados Unidos mirando hacia otro lado, no se puede descartar.

Ya está ocurriendo a pequeña escala. Las expulsiones silenciosas del sur de Hebrón (Masafer Yatta) y del valle del Jordán son transferencia étnica gota a gota.

Los precedentes históricos existen. La Nakba de 1948 expulsó a 700 000 palestinos. La guerra de 1967 expulsó a otros 300 000. El precedente está ahí.

¿Es probable? No en el futuro inmediato. Pero si el apartheid se consolida y la comunidad internacional no hace nada, la presión demográfica (los palestinos son el 50% entre el río y el mar) llevará a Israel a una disyuntiva: o acepta un solo Estado binacional (improbable) o busca deshacerse de la población palestina. La ultraderecha ya está preparando el terreno ideológico para esa opción.

Por ahora, la transferencia étnica masiva es improbable. Pero improbable no es imposible. Y lo que ya es seguro es que la transferencia a pequeña escala —expulsiones silenciosas— ya está ocurriendo.

¿Cuál de estas opciones es la más realista?

Repasemos:

Opción 1 (un solo Estado binacional): improbable. Nadie con poder lo quiere impulsar.

Opción 2 (apartheid permanente): ya está ocurriendo. Es el statu quo profundizado.

Opción 3 (transferencia étnica): improbable a gran escala, pero ya ocurre a pequeña escala.

La respuesta es clara: la opción más realista es el apartheid permanente. No porque sea deseable —es moralmente repugnante—, sino porque es la dirección que ya lleva décadas el conflicto. Cada nuevo asentamiento, cada nueva carretera segregada, cada nueva demolición profundiza el sistema.

La comunidad internacional puede seguir llamándolo "ocupación temporal". Pero la ocupación que dura más de cincuenta años y que construye ciudades enteras no es temporal. Es un sistema de dominación permanente. Y los sistemas de dominación permanente basados en la raza o la etnia tienen un nombre: apartheid.

Lo que la comunidad internacional debería hacer (pero no hará)

Si la solución de dos Estados está muerta, y si el apartheid es la realidad, ¿qué debería hacer la comunidad internacional?

En un mundo ideal, varias cosas.

Primero: dejar de fingir. Reconocer abiertamente que la solución de dos Estados ya no es viable. No para celebrarlo, sino para dejar de usar ese mantra como excusa.

Segundo: reconocer el Estado palestino en las fronteras de 1967. Aunque no sea viable sobre el terreno, el reconocimiento formal tendría un valor simbólico y político enorme. Pondría a Israel ante un espejo.

Tercero: sanciones selectivas contra los asentamientos. La UE podría prohibir la importación de productos de los asentamientos. Estados Unidos podría condicionar la ayuda militar a la congelación de la expansión. Países individuales podrían imponer sanciones a líderes de asentamientos violentos.

Cuarto: una convención internacional sobre apartheid en Palestina. Inspirada en la Convención Internacional sobre el Apartheid de 1973 (que se aplicó a Sudáfrica), una nueva convención podría tipificar como crimen internacional las prácticas israelíes de discriminación territorial.

Quinto: protección internacional para los palestinos. Desplegar observadores de derechos humanos en Cisjordania para documentar violaciones y disuadir la violencia de colonos.

Sexto: boicot, desinversiones y sanciones (BDS). No es una política gubernamental, pero es una herramienta de la sociedad civil. El boicot a productos de los asentamientos es algo que los ciudadanos pueden hacer individualmente.

Nada de esto va a suceder pronto. La comunidad internacional ha demostrado durante décadas que prefiere las palabras a los hechos. Pero si algún día se produce un cambio, estas medidas estarán esperando.

Conclusión del capítulo

De las tres opciones teóricas, una sola es realista: el apartheid permanente. No es una predicción apocalíptica. Es una descripción del presente. El sistema ya está aquí. Lo que viene es su profundización.

La solución de dos Estados ha muerto. El único Estado binacional es improbable. La transferencia étnica es aterradora pero aún marginal. Lo que queda —lo que ya tenemos— es un sistema de dominación de un grupo étnico-nacional sobre otro, con leyes separadas, territorios separados, derechos separados.

Eso es apartheid. Llamémoslo por su nombre.

Recuento de los seis capítulos

Capítulo	**Tesis principal**
Capítulo 1	Las ventanas de oportunidad existieron, pero se cerraron. Oslo fue la última esperanza real.

Capítulo 2	700 000 colonos, fragmentación, refugiados, Estado maniatado. Los números y la política matan la solución.
Capítulo 3	Evacuar a 700 000 colonos es imposible: no hay espacio, no hay voluntad, riesgo de guerra civil.
Capítulo 4	Jerusalén Este, Golán, muro, expulsiones silenciosas y anexión de "Judea y Samaria" son hechos consumados.
Capítulo 5	La comunidad internacional financia, veta, comercia y normaliza. Finge que dos Estados es posible.
Capítulo 6	Las opciones reales: solo una es factible. El apartheid permanente. Ya está ocurriendo.

Conclusión
La solución de dos Estados ha muerto. ¿Qué hacemos con el cadáver?

Hemos llegado al final. No es un final feliz. No hay un "y vivieron felices para siempre". No hay un plan de paz esperando. Hay, simplemente, una constatación.

La solución de dos Estados ha muerto.

No está en coma. No está en cuidados intensivos. Está muerta. Y llevamos décadas asistiendo a su funeral sin querer decirlo en voz alta.

1. Recapitulación: por qué es materialmente inviable

Hemos acumulado evidencia suficiente. Recapitulemos:

Capítulo 1: Las ventanas de oportunidad existieron, pero se cerraron. Oslo fue la última esperanza real. Después de Camp David (2000), la Segunda Intifada, y la desconexión de Gaza (2005), ya no hubo vuelta atrás.

Capítulo 2: Los números son implacables. 700 000 colonos. 165 islas palestinas. Carreteras segregadas. Jerusalén indivisible. Gaza bloqueada. Agua controlada. Millones de refugiados. Y el "Estado palestino" que Israel aceptaría negociar sería un Estado maniatado desde su nacimiento.

Capítulo 3: La pregunta que nadie responde —¿adónde irían 700 000 colonos?— no tiene respuesta. No hay espacio. No hay voluntad política. Los colonos ideológicos resistirían con violencia. El riesgo de guerra civil es real.

Capítulo 4: Jerusalén Este está anexionada. El Golán está anexionado. El muro está construido. El valle del Jordán y el sur de Hebrón están siendo vaciados. La anexión de "Judea y Samaria" es una amenaza real.

Capítulo 5: La comunidad internacional ha sido cómplice. Estados Unidos financia y veta. Europa condena pero comercia. La ONU resuelve sin consecuencias. Los países árabes normalizaron sin exigir nada.

Capítulo 6: Las tres opciones. Un solo Estado binacional es improbable. La transferencia étnica es aterradora pero marginal. La opción realista es el apartheid permanente. Ya está ocurriendo.

La conclusión es inevitable: la solución de dos Estados no es difícil, no es compleja, no está estancada. Es inviable. Material, demográfica, geográfica, política y socialmente inviable.

2. La responsabilidad de la comunidad internacional: dejar de fingir

Si esto es cierto, la primera responsabilidad es dejar de fingir.

Fingir que la solución de dos Estados sigue viva es cómodo para todos. Para Estados Unidos, porque no tiene que presionar a Israel. Para Europa, porque no tiene que imponer sanciones. Para la ONU, porque no tiene que hacer cumplir sus resoluciones. Para los países árabes, porque no tienen que romper la normalización. Para la ANP, porque no tiene que reconocer su propia impotencia. Para Israel, porque puede seguir construyendo asentamientos mientras dice que "no tiene socio para la paz".

Pero fingir tiene un costo. El costo es que el apartheid se profundiza cada día. El costo es que los palestinos siguen perdiendo tierras, hogares, vidas. El costo es que una generación entera de palestinos crece sin esperanza, y una generación de israelíes crece creyendo que la dominación es normal.

Dejar de fingir no significa abandonar a los palestinos. Significa todo lo contrario. Significa reconocer que la solución de dos Estados ya no es una opción, y que hay que buscar alternativas.

3. Lo que la comunidad internacional debería hacer (aunque probablemente no lo hará)

En un mundo racional —y este conflicto demuestra que no vivimos en uno—, la comunidad internacional tomaría medidas concretas.

Primero: reconocer la realidad. Declarar formalmente que la solución de dos Estados ya no es viable. No para rendirse, sino para abrir un nuevo marco.

Segundo: reconocer el Estado palestino en las fronteras de 1967. Aunque no sea viable sobre el terreno, el reconocimiento formal tendría un valor simbólico y político enorme.

Tercero: sanciones selectivas contra los asentamientos. La UE debería prohibir la importación de todos los productos de los asentamientos. Estados Unidos debería condicionar la ayuda militar a la congelación de la expansión.

Cuarto: una convención internacional sobre apartheid en Palestina. Inspirada en la convención sobre Sudáfrica, tipificar como crimen internacional las prácticas israelíes de discriminación territorial.

Quinto: protección internacional para los palestinos. Desplegar observadores de derechos humanos en Cisjordania para documentar violaciones y disuadir la violencia de colonos.

Sexto: boicot, desinversiones y sanciones (BDS). No es una política gubernamental, pero es una herramienta de la sociedad civil. El boicot a productos de los asentamientos es algo que los ciudadanos pueden hacer individualmente.

Nada de esto va a suceder pronto. La comunidad internacional ha demostrado que prefiere las palabras a los hechos. Pero si algún día se produce un cambio, estas medidas estarán esperando.

4. Lo que vendrá si no se actúa: apartheid permanente o conflicto eterno

Y si la comunidad internacional no actúa —que es lo más probable—, ¿qué viene?

Escenario 1: apartheid permanente. El sistema actual se profundiza. Cisjordania es anexionada formal o informalmente. Los palestinos viven en bantustanes. Los colonos siguen creciendo. Las expulsiones silenciosas continúan. Gaza sigue bloqueada. El mundo condena, pero no hace nada. Ese es el escenario más probable.

Escenario 2: conflicto eterno. El apartheid no trae paz. Trae resistencia. La violencia de colonos genera violencia palestina. Las guerras en Gaza se repiten cada pocos años. El conflicto se vuelve endémico, crónico, eterno. No hay solución. Solo una hemorragia lenta.

Estos dos escenarios no son alternativas. Son la misma realidad vista desde dos ángulos: el apartheid es la estructura, el conflicto eterno es su dinámica.

Y en medio de todo esto, los muertos. Palestinos muertos. Israelíes muertos. Cada número es una persona. Cada persona es un fracaso de la política internacional.

5. Una reflexión personal (y el cierre)

Escribí este ensayo con dolor. No con odio. No con alegría por haber "demostrado" algo. Con dolor.

He defendido, defiendo y defenderé a Israel. Defiendo el derecho de Israel a existir. No voy a entrar en la contradicción de si debe ser judío o democrático. Eso lo resolverán ellos. Lo que me importa es que su existencia como Estado no está en duda. Lo que está en duda es su política de asentamientos.

Porque el sionismo prometió un Estado judío, seguro. La ocupación y los asentamientos están destruyendo la seguridad y la democracia. Lo que queda no es el sueño sionista. Es su pesadilla.

Los palestinos también tienen su cuota de responsabilidad. Tuvieron su oportunidad en Camp David y la dejaron pasar. Están divididos entre una ANP corrupta y un Hamás terrorista. Su dirigencia les ha fallado. Pero ninguna de esas fallas justifica la ocupación, los asentamientos, el apartheid.

Al final, lo que más duele no es la inviabilidad material. Es la falta de honestidad. Seguir hablando de dos Estados cuando ya no es posible es un acto de mala fe. Permite que la comunidad internacional se lave las manos. Permite que Israel siga construyendo. Permite que los palestinos sigan sufriendo. Es una mentira cómoda. Y las mentiras cómodas tienen un costo humano.

Este ensayo es una constatación póstuma. No una celebración del fracaso, sino un duelo. Duelo por lo que pudo haber sido y no fue. Duelo por las ventanas que se abrieron y se cerraron. Duelo por los muertos que no tuvieron que morir.

Pero el duelo no es el final. El duelo es el reconocimiento de una pérdida. Y solo cuando reconocemos que algo se ha perdido podemos empezar a pensar qué hacer con el cadáver.

La solución de dos Estados ha muerto. Enterrémosla con dignidad. Y luego preguntémonos: ¿qué sigue?

Porque algo sigue. El conflicto no se va a disolver porque hayamos dejado de creer en dos Estados. Los palestinos siguen ahí. Los israelíes siguen ahí. La tierra sigue ahí. Y las injusticias también.

Lo que sigue no será fácil. Pero al menos será honesto. Y la honestidad, incómoda como sea, es el único punto de partida posible.

Anexos

Anexo A

Mapa de Cisjordania fragmentada (Áreas A, B, C y asentamientos)



Fuente: OCHA (Oficina de Naciones Unidas para la Coordinación de Asuntos Humanitarios), "West Bank Access Restrictions". Peace Now para mapas de asentamientos.

El propósito es mostrar visualmente por qué la solución de dos Estados es materialmente inviable.

Anexo B

Cronología de expansión de asentamientos (1967-2026)

Año	Acontecimiento clave	Número de colonos
1948	Nakba: 700 000 palestinos desplazados	0
1967	Guerra de los Seis Días	0
1972	Primeros asentamientos ideológicos	~1 200
1977	Llegada de Begin al poder	~5 000
1983	Consolidación	~28 000
1993	Firma de Oslo	~110 000
2000	Fracaso de Camp David	~190 000
2005	Desconexión de Gaza	~240 000
2010	Netanyahu en el poder	~310 000
2017	Trump asume	~420 000
2020	Acuerdos de Abraham	~500 000
2023	Guerra de Gaza	~650 000
2026	Actualidad	~700 000

Fuente: Peace Now, B'Tselem, Oficina Central de Estadísticas de Israel.

Anexo C

Datos demográficos (colonos vs. palestinos)

Población en Cisjordania (incluyendo Jerusalén Este):

Año	Población palestina	Colonos	% colonos
1972	~600 000	~1 200	0,2%
1993	~1 000 000	~110 000	9,9%
2026	~2 000 000	~700 000	25,9%

Jerusalén Este (solo):

Año	Población palestina	Colonos	% colonos
1967	~70 000	0	0%
1993	~120 000	~100 000	45,5%
2026	~150 000	~200 000	57,1%

Fuente: CBS, B'Tselem, ARIJ.

Anexo D

Comparativa con otros conflictos de partición

Conflicto	Partición	Año	¿Funcionó?
Irlanda	Irlanda Irlanda / Irlanda del Norte	1921	Parcialmente
India-Pakistán	India / Pakistán	1947	Parcialmente
Chipre	Grecochipriota / Turcochipriota	1974	No resuelto
Israel-Palestina	Propuesta desde 1947	-	No

Lección: En los casos exitosos hubo transferencia masiva de poblaciones o fronteras defendibles. En Israel-Palestina, la transferencia de colonos sería del lado israelí hacia Israel, no al revés, y la frontera es imposible de trazar.

Fuente: Ian Lustick, "Two-State Illusion" (2013).

Anexo E

Declaraciones de líderes reconociendo la inviabilidad

Ehud Barak (ex primer ministro israelí): "*Si yo fuera palestino, no aceptaría la oferta que hice en Camp David.*" (NYT, 2015)

Tzipi Livni (ex canciller israelí): "*Si no logramos dos Estados, Israel se enfrentará a apartheid o a un solo Estado no judío.*" (2015)

Mahmoud Abbas (presidente de la ANP): "*Los asentamientos han destruido la posibilidad de dos Estados.*" (Al Jazeera, 2019)

John Kerry (ex Secretario de Estado de EE.UU.): "*El riesgo de que dos Estados sea imposible es real.*" (Discurso, 28/12/2016)

Avraham Burg (ex presidente de la Knéset): "*La solución de dos Estados está muerta. Debemos pensar en un solo Estado con igualdad.*" (Haaretz, 2021)

Anexo F

Glosario de términos clave

Nakba: "Catástrofe" en árabe. Éxodo de ~700 000 palestinos en 1948.

Línea Verde: Frontera anterior a 1967 entre Israel y Cisjordania.

Áreas A, B, C: División de Cisjordania por Oslo (A: control palestino; B: control civil palestino, seguridad israelí; C: control total israelí).

Asentamiento: Comunidad judía en territorio ocupado desde 1967. Ilegal según derecho internacional.

Colono: Ciudadano israelí que vive en un asentamiento.

Muro de separación: Barrera construida por Israel desde 2002. Mayoritariamente dentro de Cisjordania.

Apartheid: Sistema de dominación de un grupo étnico-racial sobre otro.

Judea y Samaria: Término de la derecha israelí para Cisjordania. Implica reivindicación bíblica y anexión.

Derecho al retorno: Reclamación palestina de que los refugiados de 1948 y sus descendientes (entre 6 y 7 millones) puedan volver a sus hogares originales.

BDS: Boicot, Desinversiones y Sanciones. Movimiento global de presión económica contra Israel por la ocupación.

Anexo G

Fuentes y lecturas recomendadas

Libros:

Rashid Khalidi, *The Hundred Years' War on Palestine* (2020)

Ilan Pappe, *The Ethnic Cleansing of Palestine* (2006)

Nathan Thrall, *Un día en la vida de Abed Salam*a (2023)

Ian Lustick, "*Two-State Illusion*" (artículo, 2013)

Informes:

B'Tselem: "*A Regime of Jewish Supremacy... This Is Apartheid*" (2021)

Human Rights Watch: "*A Threshold Crossed: Apartheid and Persecution*" (2021)

OCHA: Mapas mensuales de restricciones de acceso

Bibliografía

Libros académicos:

Khalidi, Rashid. *The Hundred Years' War on Palestine*. New York: Metropolitan Books, 2020.

Lustick, Ian S. "*Two-State Illusion*". Middle East Policy 20, no. 3 (2013): 25-38.

Pappe, Ilan. *The Ethnic Cleansing of Palestine*. Oxford: Oneworld, 2006.

Thrall, Nathan. *Un día en la vida de Abed Salama*. Madrid: Debate, 2023.

Informes de organizaciones:

B'Tselem. "A Regime of Jewish Supremacy from the Jordan River to the Mediterranean Sea: This Is Apartheid." Jerusalem, 2021.

Human Rights Watch. "*A Threshold Crossed: Israeli Authorities and the Crimes of Apartheid and Persecution*." New York, 2021.

OCHA. "*West Bank Access Restrictions*" (mapas mensuales).

Fuentes para datos:

Oficina Central de Estadísticas de Israel (CBS)

Peace Now ("Settlement Watch")

Applied Research Institute of Jerusalem (ARIJ)

UNRWA (para datos de refugiados)

Documentos históricos:

Resolución 181 de la ONU (1947)

Resolución 194 de la ONU (1948)

Resolución 242 del Consejo de Seguridad (1967)

Resolución 497 (1981, Golán)

Resolución 2334 (2016, asentamientos)

Corte Internacional de Justicia, opinión sobre el muro (2004)

Aclaración final

Este ensayo —*Israel-Palestina: la inviabilidad de la solución de dos Estados*— es el resultado de la actualización y ampliación de varios artículos originalmente publicados en Cambio Político sobre el tema.

Este texto no busca alimentar odios ni construir relatos complacientes. Busca, humildemente, aportar al debate necesario demostrando que la solución de dos Estados para el conflicto de Oriente Medio ya no es posible. Si en algún punto incomoda, esa incomodidad es parte del propósito: despertar conciencias y poner en su correcta dimensión lo que está sucediendo.

Queda en manos del lector juzgar si lo logró.

Para la redacción final de este ensayo, el autor contó con asistencia de inteligencia artificial en tareas de organización y estilo, manteniendo siempre el control absoluto sobre el contenido, las ideas y los juicios aquí expresados.

Carlos Revilla Maroto
Abril de 2026